La Ilustración Artística

Año IX — Barcelona 7 de julio de 1890 — Núm. 445

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



D. FRANCISCO JOVER Y CASANOVAS, pintor español

Fallecido en Madrid en 19 de febrero de 1890

SUMARIO

Texto. – *La calavera*, por doña Emilia Pardo Bazán. – *Necrología de D. Francisco Jover y Casanovas*, por Celestino Pujol y Camps. – *La memoria de los nombres*, por X. – SECCIÓN AMERICANA: *Excursión artística al país de los cheyenos*, escrito é ilustrado por Remington. – *Toda una juventud* (continuación), por Francisco Copée. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *El hierro y el carbón*, por José Echegaray. – *La ciudad de Chicago*. – *Física sin aparatos*.

Grabados. – D. Francisco Jover y Casanovas, pintor español. - Taller de D. Francisco Jover y Casanovas. – *La conquista de Orán*; *El tratado de Cambray*; *Un trovador*; *Los jugadores*; *Ultimos momentos de Felipe II*, cuadros de D. Francisco Jover y Casanovas. – *Cristóbal Colón en la corte de Isabel la Católica*, cuadro de Brozik, grabado por Baude. – *Indio cheyeno*; *El guía de M. Remington hablando por señas con un viejo arapahoe*; *Un explorador arapahoe*; *Campamento cheyeno*; *Un policemán de la Agencia*; *El intérprete B. Clark*; *Indio comanche*; *Indio arapahoe herrando á los bueyes*; *Caza de novillos*; *Agencia cheyena*, por Remington. – *El Tacoma*, casa de negocios, *State Street* (de fotografía), en Chicago. – Monumento erigido en honor del general Gordon, en Chatam. – Experimento acerca de la refracción de la luz.

LA CALAVERA

El chiflado habló así:

«Desde que por imitar á Perico Gonzalvo, que la echa de elegante y de original, puse en mi habitación, sobre un zócalo de terciopelo negro la maldita calavera (después de haberla frotado bien para que adquiriese el bruñido del marfil rancio), empecé á dormir con poca tranquilidad, y á sentirme inquieto mientras velaba. La calavera me hacía compañía y estorbo, lo mismo que si fuese una persona, y persona fiscalizadora, severa, impertinente, de esas que todo lo fisgonean y censuran nuestros menores actos en nombre de una filosofía indigesta y melancólica, de ultratumba. Cuando por las mañanas me plantaba yo frente al espejo para acicalarme, tratando de reparar dentro de lo posible el estrago de los cuarenta en mi rostro y cuerpo, no podía quitárseme del magín que la calavera me miraba y se reía silenciosa y sardónicamente cada vez que aplicaba yo cosmético al bigote y traía adelante el pelo del colodrillo para encubrir la naciente calva. Al perfumar el pañuelo con esencia fina, al escoger entre mis alfileres de corbata el más adecuado, oía como en sueños una vocecilla estridente, sibilante, mofadora, que articulaba entre la doble hilera de dientes amarillos todavía implantados en las mandíbulas: «¡Imbéciiil de vaniiiidoso!» Será una tontería muy grande; pero lo cierto es que me molestaba de veras.

»Por las noches, al recogerme, noté que la calavera se ponía más cargante, entrometida y criticona. Su respingada nariz y su boca irónica, tan parecidas (salvo la carne) á la expresiva fisonomía de don Cándido Nocedal, me preguntaban y acusaban con una chunga despreciativa capaz de freir la sangre al hombre más flemático. «¿Por dónde has andado, vamos á ver, grandísimo perdido, botarate de siete suelas? ¿Qué nido era aquel donde entraste esta tarde tan de ocultis? ¿Se puede saber quién te esperaba allí? ¿Y te crees buenamente, presumido, que con tu calvita y tus arrugas y tus cuarenta del pico estás ya para seducir á nadie? Por los monises, por las sangrías que te dan al bolsillo campas tú, que si no... Vamos á ver: ¿qué te sacaron hoy con tanta zaragatería de la cartera? ¿No fué un billete de á cien? ¿No salió luego otro de á cincuenta por contrapeso? ¡Ah, memo Paganini, caballo blanco! ¡Lo que se divertirán con ese dinero á cuenta tuya!...

»Le aseguro á Vd. que la calavera, en este punto, entreabría el tenazón de sus mandíbulas, y se reía bajo, sin que las ondas de su silenciosa carcajada agitasen las del aire. Apretando los dientes otra vez y adoptando el énfasis doctoral de quien sermonea sobre las miserias y locuras del mundo, – mientras yo procedía á mis abluciones nocturnas ó buscaba en el armario de luna la camisa de dormir, – continuaba:

– »Y después, ¿á qué nuevos tugurios te condujo tu flaqueza? Lo sabemos, lo sabemos, aunque V. se lo tenga muy bien callado. Al Congreso, á adular al ministro Calabazote y al general Polvorín. A arrastrarte por los suelos, á ofrecerte incondicionalmente para todo lo que te ordenen y manden, á mendigar un distrito, ese soñado distrito que nunca llega, ni llegará, porque á ti te emboban con buenas palabritas y te sostienen hace cuatro años con la boca abierta esperando el higuí... Del Congreso... ¡No me lo niegues, porque estoy muy bien informada! De allí te fuiste á la redacción del *Estómago*, diario ministerial que cobra cinco subvenciones y media, á que te insertasen un sueltecito de tu puño, donde te das bombo, incluyéndote en el grupo de personas caracterizadas que se disponen á prestar incondicional apoyo á la política de nuestro ilustre jefe Calabazote. Y á renglón seguido...»

»Aquí me revolví furioso contra la intransigente censora, diciendo:

– »Bueno: ¿y á renglón seguido, qué? A renglón seguido me fuí á comer con unos amigos... Me parece que cosa más inocente y natural!...

– »Tate, tate, – replicaba la calavera insufrible. – Las cosas, dichas así, parecen lo más sencillito... Pero á mí no me la das tú, aunque vuelvas á nacer cien veces... Ya soy vieja. Ya se me ha caído todo el pelo. La experiencia me hace ducha. Fuiste á comer en casa del banquero Tagarnina, no porque sea amigo tuyo ni porque le estimes, pues bien persuadido estás de que su riqueza la granjeó arruinando á muchos infelices y saqueando al país con contratas y empréstitos, sino porque tiene buen cocinero y exquisita bodega, y también porque su mujer, ¡qué es una mujer de patente!, has soñado tú que te mira con buenos ojos... cuando lo que hay es que los tiene preciosos y no ha de ponerse á bizcar cuando los fija en tu cara. La verdad desnuda... ¿A que no se te ocurre ir á hacer penitencia con tus amigos los de Martínez, que te ofrecerían un modesto pucherito? Tagarnina ya es otra cosa: aquel Borgoña añejo... aquel Rin de principios del siglo... aquellas trufas de la *poularde*... Vamos, que aún se te hace agua la boca, compañero, si de eso te acuerdas... ¿Eh? ¿Qué magníficas estaban? Aún te relames, epicúreo... Y ahora, ¿qué tal? ¿Vas á acostarte para digerirlas como un prior?

»¡Acostarme! No, y ello es que no había más remedio. Encendida mi lamparilla, entreabría con cuidado las sábanas, me descalzaba, y zas, me hundía en el blando lecho. El primer momento era de bienestar incomparable. Mi cuarto y todos mis muebles son confortables y regalones, como de solterón egoísta que arregla y prepara un rincón á su gusto, á fin de vivir en él hecho un papatache, saliendo fuera á comer y almorzar y teniendo su criadito que por las mañanas limpie y arregle. En la cama había puesto especial cuidado, considerando que la mitad de nuestra vida se desliza en ella. La lana más rica para el colchón; el plumón más caro para edredones y almohadas; mantas suaves, que se ciñen al cuerpo y no pesan; un cubrecama antiguo, de seda bordada de colores; en suma, una cama de arzobispo que padece gota y se levanta tarde. ¡Ay! ¡Qué bien me sabía la camita deliciosa antes de que por rutina, por ese espíritu de plagio, que es el cáncer de nuestra sociedad, incurriese yo en la tontuna de traerme á mi cuarto una porquería como la dichosa calavera!

»Apenas empezaba á conciliar el primer sopor entre el grato calorcillo de las amorosas mantas, la calavera, antes tan campechana y bromista, mudaba de registro, se ponía trágica, y balbucía en honda y cavernosa voz, que sonaba cual si girase entre las descarnadas vértebras, por ausencia de laringe, cosazas pavorosas y tremendas. De las cuencas llenas de sombras parecía brotar diabólica chispa. Los dientes castañeteaban como estremecidos por pavor. Yo sepultaba la cabeza entre las sábanas temiendo *oir;* pero el caso es que oía, oía; la voz de la calavera penetraba al través de aquel muro de lienzo, y, deslizándose como una sierpe por el hueco de mis oídos, llegaba á mi cerebro excitado por el estúpido temor y por la sugestión del insomnio, que se convierte muy luego en el insomnio mismo.

– »¡Hola!... ¿Qué es eso? ¿No duermes, no te entregas como otras veces al placer de roncar á pierna suelta, después de hacer tu gusto todo el santísimo día? ¿Es acaso mi proximidad lo que te desvela? ¡Ah, bobo! ¡Inconsecuente! ¿Pues no piensas tú, para mayor comodidad tuya, para quitarte los escrúpulos y vivir según te acomoda y no privarte de nada, que yo soy únicamente un poco de fosfato de cal, la cáscara de una nuez ya digerida por el tiempo? Pues si soy *eso*, ¿por qué cavilas tanto en mí, hombre pusilánime? ¿Hase visto fantasmón? ¿Explícame por qué se te ocurre á veces cavilar qué será de mi alma, por dónde andará rodando? ¿Conque mucho de despreocupación, y espíritu fuerte, y materialismo de Cervecería Inglesa y Café de Viena, y apenas apaga V. la palmatoria ya le tenemos acordándose de...

»Los dientes de la calavera – ó tal vez los míos – se entrechocaron con fuerza convulsiva, y salían entrecortadas estas dos palabras tremendas:

– »¡La Muerte!... ¡El Infierno!

»La calavera prosiguió más bajito aún:

– »El Infierno... quedamos en que no crees en él. ¿Creer en esas papas? Está bueno para las viejas y los niños. Un hombre como tú, ilustrado, moderno, se ríe de semejantes farsas. ¿Tenazazos, llamas, calderas, gemidos, demonios rabudos, eternidad de penas? A otro perro con ese hueso. Corriente: descartemos el Infierno... Mandémoslo retirar á toda prisa. No sirve ya. Al cesto con él...

»Daba yo una vuelta en la cama, buscando postura mejor, y la calavera susurraba:

– »Pero lo que es en *lo otro*... en la de la guadaña... Vamos, lo que es en esa... crees á puño cerrado. ¿Acerté?

»Un soplo glacial acariciaba mis sienes. En la raíz de mis cabellos, gotitas de sudor se cuajaban. Mis nervios, encalabrinados, gritaban con furia: «Cualquiera duerme hoy.

– »Vamos, que de esta vez he puesto el dedo en la llaga – recalcaba la calavera. – ¿A que sí? No la eches de guapo, compañero; aquí no estamos á engañarnos... Nos conocemos, camará. Tus medranitas te pasas de vez en cuando, acordándote de la *hora* que ha de sonar sin remedio alguno... Porque mira tú qué cosa más diabólica. Nunca te llegará, probablemente, la de salir diputado, gracias á la influencia de Calabazote; es regular que tampoco suene la de tu primera cita con la señora de Tagarnina el banquero; casi puede jurarse que no verás la de cobrar aquel pico que te deben, ni la de que te adjudiquen la hacienda del Encinarejo, ni la de colgarte la gran cruz, ni ninguna de esas horitas que tu vanidad desea... Pero en cambio, la hora... aquella en que no quieres pensar nunca,... aquella que te engañas en suprimir con la imaginación;... lo que es esa... aunque se descompongan todos tus relojes... ha de sonar, más fija, más puntual... más exacta! ¡Ni un segundo de atraso... ni uno!»

»Temblor general se apoderaba de mis miembros, y en las sienes parecía que me pegaban furibundos martillazos.

– »Hace pocos días – continuaba la voz – viste morir de una pulmonía fulminante al bueno de Paco Soto. La víspera de caer en cama corristeis una broma en Viena con la Belén Torres... ¡Ya ves si tengo yo informes! A mí no se me escapa ni esto... ¡Cuánto se reía Paquillo! Bueno: pues tú llevaste una cinta de su féretro... ¿No te acuerdas? Y estuviste en la Sacramental, y viste cómo le metieron en el nicho... ¿A ti te gustaría que te soplasen en un nicho? ¿A que no? Más calentita está la cama tuya... y más blanda... ¿eh? Pero lo del nicho tiene que llegar... ¿Y qué me dices? ¿Por dónde andará Paco Soto, con aquellas guasas que gastaba y aquella afición suya á cazar y á comer y á beber seco? ¿Crees tú que es enteramente imposible que el alma de Soto?... ¡Ah! No me acordaba de que eso del alma se te hace á ti muy duro de tragar... muy durillo. Bueno: admitido que eso del alma... Pero si en cerrando el ojo se acaba toda la fiesta, ¿por qué diantres me tienes así... este respetillo... este pavor... este?... Mira... ahora te guipo yo la conciencia hasta lo más hondo de ella... Mañana has determinado echarme al pozo... ¡Qué vergüenza!... ¡Cobarde! Me has cogido miedo, miedo supersticioso, pero cerval... ¡Ja, ja! Miedo, miedo. Como se lo tienes á lo *otro*,... al final,... al desenlace de la comedia... Por eso me echarás al pozo; porque yo soy una vocecita misteriosa que te habla de lo que hay por esos mundos desconocidos... y, mal que te pese... ¡chúpate esa!, reales, reales... reales!

»Me incorporé en la cama, con los pelos erizados. Bribona, mañana te juro que vas por la ventana á la calle. Espantajo del otro barrio, yo te ajustaré las cuentas. A tu sitio, que es la tierra; á pudrirte, á disolverte, á hacerte polvo impalpable. Lo que es de mí no te ríes tú. Ahora... á la perrera, á la leñera... Al polvo, que es tu sitio.

»Encendí fósforos, la palmatoria, el quinqué... Asi el cráneo y lo arrojé con ira al cajón de la leña. Lo célebre es que no me atreví á volver á acostarme. Pasé el resto de la noche en un sillón, azorado, nervioso, como si custodiase el cuerpo de un delito, la prueba de un crimen. Rayó el alba y en el mismo sillón concilié algunos minutos de agitado sueño. Así que fué día claro, saqué la calavera, que me pareció á la luz del día un trasto ridículo; la envolví en un número de *La Correspondencia;* salí de casa, tomé un simón, y dí orden de ir por la Ronda de Embajadores, hasta topar con sitio retirado. Cerca de unas yeserías arrojé el bulto, que al caer dió contra una piedra, y desenvolviéndose del periódico, rebotó con ruido seco y lúgubre. ¡Ah recondenada calavera! Ya no volverás á darme que hacer. Poco me importa que creas que te temo... No es á ti, fúnebre espantajo; es á mí propio, á mi imaginación, á mi cabeza loca á quien tengo un poco de miedo: es la verdad. Ahí te quedas, hasta que te descubra algún chicuelo que juegue contigo á la pelota...

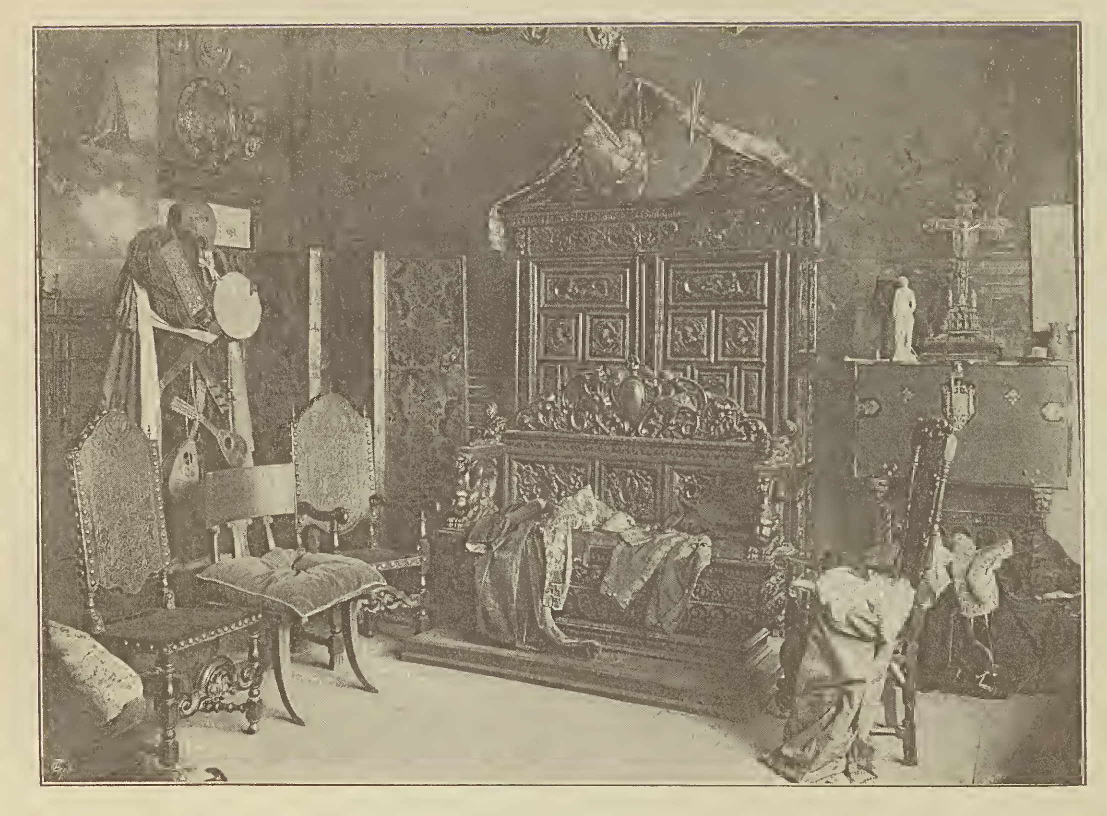
»¡Con qué gusto me metí aquella noche en la cama! Iba á dormir, á reposar deliciosamente...

– »¿Y reposó V?

– »¡Ay, señora! contestó á mi interrupción el chiflado. La calavera ya no estaba en su zócalo de terciopelo... ¡Pero si viese V.! De la habitación no había salido. Estaba más cerca de mí, estaba precisamente en el sitio de donde yo quise arrojarla... ¡Aquí, aquí! repitió golpeándose la frente y el pecho.»

EMILIA PARDO BAZÁN

NECROLOGIA
DE
D. FRANCISCO JOVER Y CASANOVAS



TALLER DE D. FRANCISCO JOVER Y CASANOVAS

Cuando maduradas en la experiencia eran mejores las obras que surgían de sus pinceles, cuando el entusiasmo del artista fingía en él una segunda juventud inclinada á grandes empresas, implacable la muerte vino á obscurecer para siempre tantos horizontes de halagüeñas esperanzas. El día 19 de febrero de este año D. Francisco Jover y Casanova rendía la vida después de dar el último adiós á sus hermanas, á sus discípulos y á los desconsolados amigos que rodeaban su lecho de muerte.

Nacido en la hermosa tierra valenciana, patria feliz de tan gran número de artistas, en ella hizo Jover sus primeros estudios para fortalecerlos con más granadas enseñanzas en aquella gran ciudad, asilo venturoso de los que sueñan y quieren, en la perenne Roma, en que tantos han sabido encontrar los puros raudales donde se bebe la inspiración artística.

Jover había sido pensionado por el Gobierno después de ganar una tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en 1864 por su cuadro *Los últimos momentos de Felipe II*, que el Gobierno adquirió para el Museo Nacional. En Roma pintó varios lienzos, descollando entre ellos *Quevedo leyendo poesias en la corte de Felipe IV*, *La paz de las Damas* y *La corte pontificia*, obra que después de haber obtenido la medalla de oro en Roma fué adquirida por el Sr. Val, de cuya colección ovetense forma parte.

Desde la Ciudad Eterna envió á Madrid su otro lienzo *La conquista de Orán*, el cual pasó á albergarse en el salón de conferencias del Senado. De regreso á España, lleno de fe en su porvenir y seguro de sus fuerzas, no dejó de luchar en los certámenes. En la Exposición de 1876 presentó su celebrado cuadro *¿Quién ganará?*, que adquirió don Lorenzo García Vela; y en la de 1881 obtuvo medalla de primera clase por su *Colón ante los Reyes Católicos*, obra que figura actualmente en el Museo provincial de Valladolid. Además de los citados y de otros muchos que sería difícil tarea enumerar, merecen especial mención *Colón conducido á España con grillos y esposas á las órdenes del capitán Villejo*, que presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1862; *Campesinas besando la mano á un cardenal en la iglesia de Santa María del Pópolo* (adquirido por el rey D. Amadeo), *Tratado de Cambray*, *Pompeyana bañándose* y *Un fauno*, que con *La conquista de Orán* figuraron en la de 1871; *Una caricia inoportuna* y varios *Retratos* que expuso en la de 1876, *Medina Azzahra*, inspirado en la leyenda de Alcalde Valladares; *Los jugadores*, *Un trovador*, etcétera, etc.

Pero fué en la Corte donde Jover produjo sus mejores obras, ya que indudablemente lo son sus cuadros de caballete. Por desgracia, la inmensa mayoría de ellos no los posee España, pues solicitados por el extranjero sirven de ornamento en los salones de los potentados de la América del Sur, donde las obras del artista se acreditaron de tal suerte, que no contaba con tiempo suficiente para dar cima á los continuos encargos que se le hacían.

Al cultivo de ese género pictórico dedicaba Jover, hacía ya muchos años, sus preferentes estudios, y con aquella incansable laboriosidad y jovial entusiasmo, que fué uno de los rasgos más salientes de su carácter, tantos cuadros llegó á pintar de costumbres españolas de la edad moderna y contemporánea, que á cada paso perdía el hilo al querer recordarlos. Estudios de una sola figura, cuadritos de composición, abanicos con hermosísimos desnudos brotaban á porfía de aquellos pinceles de vena inagotable, obras de cuya contemplación sólo podían gozar los que visitaban frecuentemente su lujoso estudio, ya que sin tiempo apenas para que se secaran sus colores, entraban en las cajas que las llevaban á salir de nuevo á la luz al otro lado del Atlántico.

Mas no por el culto que rendía á ese género de pintura olvidó Jover otras obras de mayor vuelo. Fué autor de los frescos que avaloran en Cádiz la cúpula de la capilla expiatoria de San Antonio, y en unión del malogrado Plasencia, de Ferrán, de Cubells y de Domínguez, pintó la gran cúpula de San Francisco el Grande, donde son suyos los Santos y Santas españoles.

Comenzó después un gran lienzo que intitulaba



LA CONQUISTA DE ORÁN, cuadro de D. Francisco Jover y Casanovas


el tratado de cambray, cuadro de D. Francisco Jover y Casanovas

Represalias, cuyo cartón y boceto figuran enlutados en la actual Exposición de Bellas Artes.

Este era el cuadro de gran tamaño que anhelaba concluir; pero elegido por el Senado para conmemorar la *Jura de la Reina Regente ante las Cortes*, hubo de dejar en suspenso la obra de propia inspiración para llevar á honroso término la de tema impuesto, cuando sorprendiéndole la muerte, dejó las dos sin terminar.

Pero uno de los más valiosos servicios que al arte se podían prestar estaba llamado el buen ánimo de Jover á realizarlo. Doloroso es poner de manifiesto una tristísima página de nuestra historia monumental, pero me es forzoso presentarla, para que la gloria alcanzada por el muerto sirva de levantado ejemplo y enseñanza á los poderosos.

Próximo á Burgos, y vecino al lugar de Villatoro, existe el cenobio de regulares jerónimos conocido con el nombre de Monasterio de Fres del Val. La exclaustración aventó de aquel retiro á sus moradores, que guardaba dentro de sus espesos muros de piedra hermosas construcciones del Renacimiento y uno de los claustros góticos más preciosos que atesora el arte nacional. Todos los libros que de monumentos arquitectónicos españoles tratan, describen largamente á Fres del Val, y tantos encomios parecía que se bastaban para ser garantía de la conservación del monasterio. Mas no fué así. El convento se vendió por escasa cantidad y después de algunos años de abandono, en los que la poderosa fuerza del deshielo había causado grandes menoscabos en la edificación. El que lo adquirió vió en él un vulgar acopio de materiales de construcción, apropiados para enajenar, obteniendo alguna ganancia. ¡Tan menguados aprecios mereció aquel vetusto monumento, en el que pensó encerrarse Carlos V hasta que al fin se decidió por Yuste! Los techados del monasterio fueron rápidamente destejados, levantadas las baldosas de los claustros; profanadas las sepulturas, y ciega la piqueta demoledora ejerció su acción brutal por todos lados, y ora los sillares servían para recomponer la escalera de una puerta de la catedral de Burgos, ya para construir los malecones del río Arlanzón y hasta para ser machacados sirviendo de grava á la carretera!

En esta situación, y en 1886, Jover, que visitaba á Burgos, enterado del suceso acudió á Fres del Val para sentir indignación ante el inicuo estrago que se ofreció á sus ojos. Un enorme montón de escombros coronados de maleza invadía el claustro, en el que las filtraciones habían dejado ruinosos varios arcos. Los elegantes ajimeces del gótico florido, las airosas ojivas treboladas presidían aquella gran desolación, y agitado Jover regresó á Burgos para declamar airadamente contra los destructores del monasterio que desde luego le fué ofrecido en venta.

¿Qué partido podía tomar el artista ante semejante propuesta? Cuando el dinero se guarda en un noble corazón, fué siempre el corazón bolsillo quebradizo ante cualquier empresa levantada y generosa. Talento, laboriosidad y pinceles eran su fortuna, y todo lo dió Jover comprando á Fres del Val.

Brigadas de obreros dirigidas por el buen patricio limpiaron de escombros el monasterio, unieron las paredes cuarteadas, fortalecieron todos los sitios ruinosos, y repusieron todas las techumbres, cerrando el paso á las aguas y á las nieves. Desde aquel entonces, Fres del Val fué objeto predilecto de las ilusiones del artista, que resolvió embellecerlo, pintando con sus amigos la escalera, las paredes del claustro y la capilla. Para ello destinó el monasterio á estancia veraniega de los artistas, y al efecto llevó á cabo costosos dispendios embaldosando el claustro, preparando sus paredes para pintarlas al fresco, rehaciendo y amueblando las celdas, cocina y refectorio de la casa conventual, poniéndola habitable en una gran parte.

Durante el último verano, el de 1889, Fres del Val contaba ya con la escalera concluída, con cuatro lienzos representando la Guerra, de D. Eugenio Alvarez Dumont, y otros tres, la Paz, la Victoria y la Gloria de las artes, que dibujados por Jover, los pintaron D. Enrique Recio y D. Manuel Crespo. Jover pintó además cuatro grandes bocetos sobre pasajes de la historia de San Juan Bautista, destinados á decorar la capilla, mientras que el cincel de D. Juan Alsina, se empleaba en esculpir seis caprichosas gárgolas que están colocadas ya en el monasterio.

Para el verano de 1890 estaban citados para pintar en los claustros los artistas D. Joaquín Sorolla y el eminente Villegas, y tenían ofrecido su concurso Amérigo, Luna y Novicio, Gessa, Borrás y Mompó, Ramírez, Martínez del Rincón, César Alvarez, Dumont y los que no recuerdo. ¡Cuántos hidalgos propósitos tan desdichadamente perdidos! ¡Pobre Jover! Aun en su lecho de muerte, sereno el ánimo, pero jadeando fatigosamente en mísera agonía, pedíale á Dios diez años más de vida para dar término á su dos grandes lienzos y poder legar á su país remozada y más bella aún la hermosa joya de Fres del Val.

Se batallaba contra un imposible. Sus amigos los reputados doctores Sres. Candelas, Salazar, Calleja, Amalio Gimeno y constituyéndose día y noche su enfermero otro médico y pintor D. Joaquín Pujol, agotaron á porfía todos los recursos de su saber y de sus cuidados para atajar los progresos siempre crecientes de la horrible pulmonía. ¡Ocho azarosos días duró la lucha, con el vencimiento de las más probadas amistades!

Recordaré mientras viva que al perderse toda esperanza de salvación, abandoné aquella morada en busca de luz que ver y aire que respirar. ¡Inútiles intentos! Al poco tiempo, cruel ansiedad me devolvió á la casa, donde los sollozos, prorrumpidos ya sin recato en las habitaciones interiores, me evidenciaron que acababa de realizarse la presentida desdicha. ¡Francisco Jover había muerto!

Aterrado, esquivando la presencia de los demás, me entré en su magnífico estudio, teatro de tantas alegrías. Tampoco me hallaba solo en él: tres ilustres artistas se habían recogido en aquella habitación entonces sin rumores, á la que daban un tinte sombrío los caídos transparentes, dejando filtrar escasa la luz del naciente día sobre aquellos lienzos comenzados, tallados muebles, vetustos tapices, armaduras, caballetes en desorden, secos los colores en las paletas y descuidados los pinceles caídos por el suelo.

En un rincón de la soberbia estancia, Sorolla, siempre inquieto, estrujaba intranquilo su sombrero de fieltro, revelando más alientos para declamar contra la muerte, que para llorar resignado sus estragos. Su actitud contrastaba con la de Amérigo, que un poco más allá, mal encubierto con su obesidad burguesa su corazón de oro, intentaba distraer su amarga pena secando ensimismado los humedecidos cristales de sus anteojos. En otro sitio, demudado el rostro y recorriendo con triste mirada aquellos lienzos á medio empezar, vagaba el alma meridional de Sebastián Gessa. Pensaría quizá en las tristes realidades de la naturaleza, él, que durante su vida artística había procurado olvidarlas, presentándola siempre poética, luminosa, vital, siendo su paleta la eterna primavera donde sólo él sabe encontrar todos los matices de las flores.

¡Pobres amigos! Ni ellos se atrevieron á dirigirme la palabra, ni yo á preguntarles, – el silencio era la voz más expresiva de nuestro acerbo dolor, – y otros hubo que le sintieron intenso como nosotros. Manuel Crespo, discípulo querido de Jover; Serrano Fatigati, cuñado del muerto; Enrique Recio y el insigne grabador D. Joaquín Pí y Margall, junto con otros buenos amigos, habían seguido paso á paso la aguda dolencia ansiosos de salvar al artista.

Todos, reunidos en fúnebre comitiva, acompañábamos al siguiente día el féretro atestado de coronas que apiñó el cariño y en el que se encerraba el cuerpo inerte del artista. Madrid presenció una modesta cuanto sentida manifestación de afecto que le tributaron sus amigos y compañeros, Carracido, Dióscoro Puebla, Domínguez, César Alvarez, Martínez del Rincón, Ramírez, Alsina, Adrián López, Fermín Vior, Santamaría, Jadraque, Ivorra, Florit y tantos otros. Los alumnos de la clase del natural, de la que desde 1880 Jover era ayudante, acudieron en masa á rendir el último tributo del aprecio en que tenían á su maestro y amigo.

¡El artista ha muerto! Su cuadro *Represalias* está manchado en el enorme lienzo; el de la *Jura de la Reina Regente ante las Cortes* queda á medio pintar; Fres del Val, ensueño del artista, Dios quiera que no acabe para siempre como él!

La pintura patria ha perdido un distinguido maes-


un trovador, cuadro de D. Francisco Jover y Casanovas

tro: el monasterio la vida que le prestaba aquella alma hidalga y entusiasta.

Los que tuvieron la fortuna de conocerle experimentan la desgracia de no poder gozar del apacible y cordial trato de aquel perfecto hombre de bien.

Celestino Pujol y Camps

LA MEMORIA DE LOS NOMBRES

Sobre este tema ha presentado M. Matías Duval á la *Societé de biologie* la siguiente comunicación.

«Siempre me ha sido difícil recordar los nombres de personas, pero poco á poco he ido notando que esta mala memoria no era para todos los nombres la misma, sino que estaba sometida á una ley cuya significación absoluta he logrado reconocer en cuanto mi atención ha querido determinarla.

Casi siempre recuerdo perfectamente los de las personas cuyo rostro no he visto nunca por difíciles y complicados que sean, y en cambio cuéstame mucho, y á veces no lo consigo, encontrar los de los sujetos que me son más familiares, que más oigo y más ocasión tengo de pronunciar. En este último caso, cuando quiero dar con uno de esos nombres, la imagen de la fisonomía y aun de la persona es lo que se presenta en mi memoria con intensidad tal, que esa imagen parece un velo que me oculta la del nombre deseado. Del mismo modo cuando de repente veo una cara, una persona muy conocida, esta vista me impide encontrar el nombre oportuno.

Esta interpretación me ha sido sugerida por el hecho siguiente: hace algunos años, nunca me hubiera sucedido recordar en un momento dado el nombre de Kolliker, el eminente anatómico á quien sólo por sus obras conocía y del cual no tenía otra imagen visual que la de su nombre impreso; pero habiéndole conocido después personalmente, mi memoria se enriqueció con la imagen visual de su figura, de su rostro, y desde entonces cuando quería recordar su nombre sólo acudía á mi mente la imagen de su cara y no el recuerdo de cómo se llamaba. Advertido por esta primera observación, la he repetido innumerables veces en casos análogos, habiendo al fin adquirido el conocimiento de que hay en ello una verdadera inhibición ejercida por la reviviscencia de la imagen del rostro sobre la representación de la imagen del nombre.

Llamado hace algunos años á presidir la *Societé de biologie*, experimenté una dolorosa sorpresa al ver que no acertaba á designar por su nombre á algún colega que pedía la palabra: la vista de su cara, de su persona, borraba por su intensidad la imagen del nombre. Más recientemente he podido hacer las mismas observaciones y analizar por completo el fenómeno cuando he sido presidente de la *Societé d'anthropologie*.

Para precisar bien el sentido de estos hechos, debo hacer constar que siempre he tenido excelente memoria visual de las cosas, lugares y fisonomías, lo que me ha permitido reconocer, después de largos intervalos, á una persona vista sólo unos instantes y encontrar un camino en sitios apenas entrevistos de pasada. Pues bien: en cuanto un objeto figurado había grabado su imagen en mi memoria, la reviviscencia de esa imagen hacía difícil la del nombre. A medida que me voy haciendo viejo, paréceme que mi memoria de las formas se debilita algo, al paso que se mejora mi memoria de los nombres, y es que como las primeras imágenes son ya menos vivas no ejercen una inhibición tan enérgica sobre las segundas.

Nunca he vacilado un momento en recordar una palabra abstracta, lo cual se explica porque en tal caso no hay imagen de cosa que venga á sustituir á la del nombre.»

Tal es el trabajo que con el título de «Algunos hechos relativos á una particularidad de la memoria (inhibición ejercida por ciertas imágenes visuales sobre otras imágenes visuales)» ha leído ante la referida Sociedad M. Matías Duval. Los fenómenos por éste descritos no carecen de interés, tanto por la frecuencia con que se presentan como por la facilidad con que cualquiera puede observarlos en sí mismo.

Un estudio de tal índole daría lugar, sin duda, á curiosas observaciones. – X.



LOS JUGADORES, cuadro de D. Francisco Jover y Casanovas

ÚLTIMOS MOMENTOS DE FELIPE II, cuadro de D. Francisco Jover y Casanovas

SECCION AMERICANA

EXCURSION ARTISTICA AL PAIS DE LOS CHEYENOS

ESCRITO É ILUSTRADO POR REMINGTON



INDIO CHEYENO

Al cabo de penosa caminata llegamos á la inmediación de una caleta flanqueada de espeso bosque donde había corpulentos árboles. Allí nos apeamos para que los caballos pudieran tomar algún alimento, y después los condujimos un rato de la brida, con la esperanza de que, cuidándolos mucho, podrían llegar hasta el fuerte Reno.

Se hizo otra parada para desayunarnos, y no me inquietó poco ver al muchacho que me servía á la vez de lacayo y de conductor sacar las escasas provisiones de un diario viejo, sucio y lleno de grasa. Antes de emprender el viaje, habíame asegurado que no nos faltaría nada durante el camino; pero evidentemente iba á suceder todo lo contrario. He aquí por qué no disfruté mi cigarro después de comer, con tanta más razón cuanto que se me dijo que ya se habían agotado los víveres, y que aun era preciso recorrer un trayecto de varias millas para llegar al término de nuestro viaje.

Prosiguió la marcha, y á poco ocurrió otro percance: uno de los caballos que tiraba de la carreta se empeñó en no pasar de cierto sitio, y no hubo más remedio que apearse para empujar el vehículo por detrás, después de haber aplicado un correctivo al cuadrúpedo. El camino era sumamente arenoso, y perdimos el rastro de un destacamento de caballería inglesa que había pasado por allí algunos días antes que nosotros; de modo que fué más difícil orientarnos.



EL GUÍA DE M. REMINGTON HABLANDO POR SEÑAS CON UN VIEJO ARAPAHOE

Esperábamos dar vista á las «rompientes» del río canadense del Sur antes de que reinase la obscuridad; mas el terreno, muy accidentado, formaba una cuesta delante de nosotros, y no podíamos distinguir nada. Al fin llegamos á un sitio donde había dos míseras chozas construídas con cañas, y allí encontramos dos indios en pie, apoyados en la puerta de su vivienda.

La presencia de aquellos indígenas me sugirió la idea de contratar á uno de ellos para que nos sirviese de guía en la obscuridad; mas no quisieron ó no pudieron entendernos ni hablando el inglés ni expresandonos por señas. A fuerza de insistir y de ofrecer, uno de los indios consintió, y apresuróse á ensillar su montura; pero una vez en marcha, adelantóse á nosotros, que no podíamos verle.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que penetráramos al fin en el territorio Sud del Canadá; el sol llegaba á su ocaso, y cuando hubimos franqueado el arenal y la escasa corriente del río, solamente un rojizo resplandor iluminaba el horizonté occidental.

A la distancia de una milla, poco más ó menos, á la izquierda, divisamos las hogueras de un campamento de indios arapahoes. Los caballos, más afortunados que nosotros, pudieron reforzar su estómago mientras que reposábamos en las verdes orillas cubiertas de espesa hierba. Un arapahoe ya viejo, de tez cobriza, acercóse á nuestro guía y díjole por señas algo que yo no comprendí; los dos estaban sentados en sus cabalgaduras, y al parecer se entendían perfectamente en su mudo lenguaje. El arapahoe, visto de perfil á la escasa luz del crepúsculo, parecióme el más perfecto tipo que jamás había visto. Iba equipado, como los indios salvajes de los últimos tiempos, con polainas, sandalias y faja. Nuestro guía, por el contrario, más civilizado en este sentido, llevaba sombrero de anchas alas, chaquetón de piel y botas, y el peinado á la cosaca.

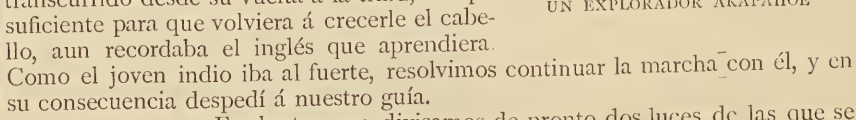
Como la conferencia de los dos indígenas duraba ya media hora, preguntábame yo qué se dirían; á veces veía bien sus señales y érame dado seguirlas; pero en general abreviaban de tal manera y con tal ligereza, que no podía interpretar bien aquel mudo diálogo. Entre otras cosas comprendí que el guía explicaba al indio quiénes éramos, dándole cita después para el día siguiente á las diez de la mañana en el mismo sitio.



UN EXPLORADOR ARAPAHOE

La obscuridad nos rodeaba ya por todas partes, y mientras avanzábamos, siguiendo la vaga forma de nuestro guía, no me era posible ver á mis compañeros, sentados detrás de mí: tan densas eran aquellas tinieblas. Creo que los caballos pueden distinguir mejor que el hombre en tales circunstancias; y como el terreno era entonces uniforme no experimenté ninguno de esos temores que generalmente acosan á los que viajan de noche por las montañas.

Con el rumor de las pisadas de los caballos en la obscuridad percibíamos á veces un grito gutural, que evidentemente no podía ser sino de un indio, y como fijara la atención para averiguar quién le profería, reconocí á duras penas las formas de un jinete que conducía un caballo de la brida siguiendo nuestro vehículo. Le dirigí algunas preguntas en inglés y resultó ser un joven indio que estaba al servicio del fuerte Reno; y conducía un caballo recientemente comprado Había estado en la escuela de Carlisle; mas á pesar del tiempo transcurrido desde su vuelta á la tribu, tiempo suficiente para que volviera á crecerle el cabello, aun recordaba el inglés que aprendiera.



Como el joven indio iba al fuerte, resolvimos continuar la marcha con él, y en su consecuencia despedí á nuestro guía.

En lontananza divisamos de pronto dos luces de las que se acostumbra poner en los puestos militares, y esto nos reanimó, así como también á nuestras jacas, que al punto apretaron el paso, como lo hacen sin duda todos los caballos. Sin embargo, parecíanos que nunca nos acercábamos á las luces, y que siempre estaban á la misma distancia, lo cual se debía sin duda á la obscuridad de la noche. Por otra parte, el terreno volvía á ser accidentado, á cada momento penetrábamos en alguna hondonada, y entonces nuestro desvencijado vehículo daba unos botes y unos saltos más que suficientes para mantener despiertos á los que más sueño tuvieran. Pero todas las cosas acaban en este mundo, y al fin llegó el término de aquel insoportable zarandeo y dimos vista al fuerte Reno. Nos abrió la puerta un muchacho medio dormido, que amostazado sin duda porque no le habíamos dejado dormir en paz, preguntónos si era nuestra intención dar con la casa en tierra. Hasta cierto punto no le faltaba razón para increparnos así, atendido el estrépito que habían producido los golpes descargados en la puerta

A la mañana siguiente me presenté en las oficinas del fuerte, credencial en mano, donde un mayordomo muy flamante me ofreció una silla al punto, aunque mirando al soslayo todos los artículos de valor contenidos en la habitación, sin duda porque mi ropa, manchada y raída por efecto de mis recientes viajes, comunicábame un aspecto más pintoresco que tranquilizador. Muy pronto se presentó el coronel, y también fijó en mí una mirada recelosa, hasta que se persuadió de que yo no era un gitano de Texas ni tampoco un bandolero. Cuando supo que deseaba ver á sus protegidos de la pradera, envió á buscar al intérprete Mr. Ben Clark, y me dijo: «Después de ver el hombre que ahora vendrá, será inútil que busque usted más, porque es el tipo de cheyeno más perfecto que se podía encontrar en el país.»

En efecto, Mr. Clark era lo que el coronel había dicho, sólo que no parecía indio; más bien se le podía considerar como el tipo acabado del hijo de la frontera, faltándole únicamente el cabello largo, que en concepto del intérprete no convenía á los blancos. En el corral del fuerte se encontró un carretón tal como lo necesitábamos, y subiendo al vehículo con Mr. Clark fuimos á recorrer la pradera.

Encontramos muchos cheyenos montados que seguían distintas direcciones; casi todos eran altos y tenían facciones verdaderamente indias. Llevaban el cabello en trenzas, recogidas cerca de las orejas, y vistos desde lejos asemejában-



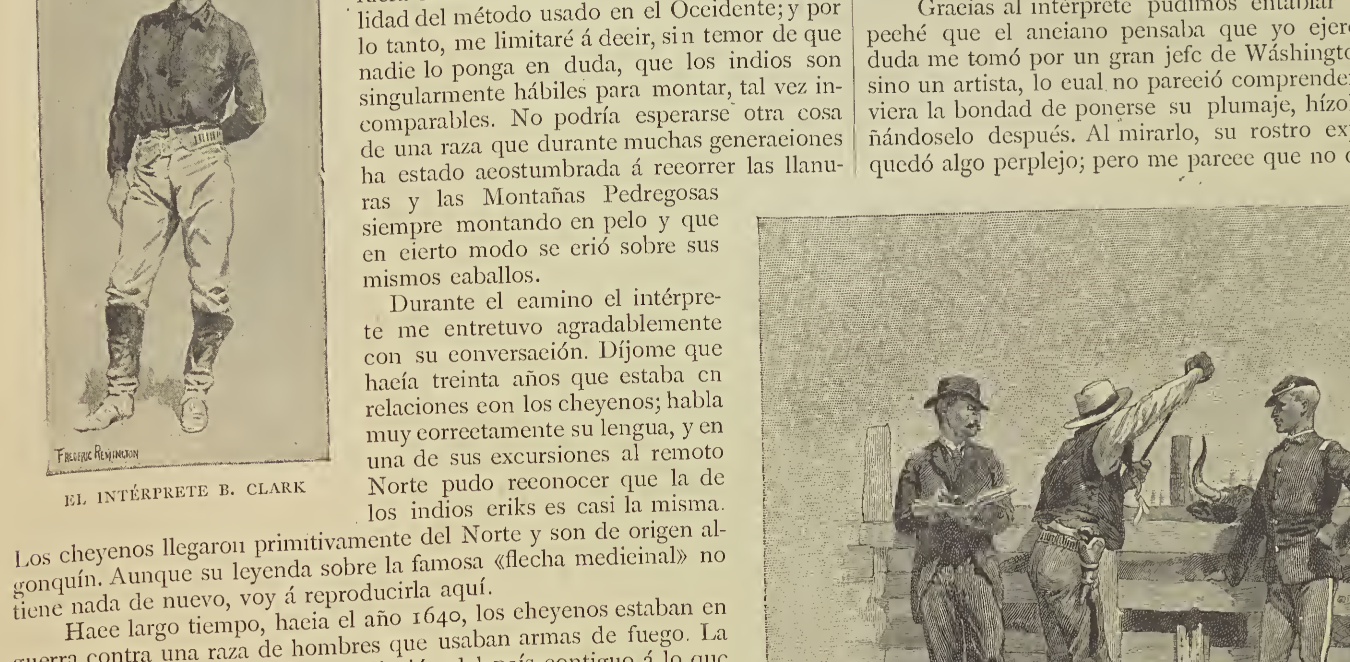
CAMPAMENTO CHEYENO



UN POLICEMAN DE LA AGENCIA

se algo por este concepto á los apaches. Todos estos indios se sirven ahora de sillas de montar ligeras y altas y estribos largos como los que se emplean en varios puntos de América, habiéndose renunciado á los cortos, construídos por los mismos naturales y usados en otro tiempo. Durante la estación calurosa no llevan la manta acostumbrada, sino una especie de sábana, que muy pronto se ensucia y que suelen arrollarse á la cintura. Bajo la silla del caballo ponen siempre la manta roja ó de color azul brillante que el Gobierno les proporciona. Es digna de observar la variedad de formas que los indios comunican á esas dos prendas y la gracia y naturalidad con que las usan.

Fuera del Sudoeste, nunca he observado que los indios se sirvieran de espuelas. Con su antiguo equipo esos jinetes salvajes no tenían un aspecto muy agradable, pero vayan como quieran nadie podrá menos de reconocer su habilidad en la equitación. Siempre me ha complacido hablar de este asunto, porque admiro á todo buen jinete aunque sea en el desierto. En los Estados del Oriente el maestro de equitación europeo tiene tantos prosélitos, que fuera inútil discutir en este lugar sobre la utilidad del método usado en el Occidente; y por lo tanto, me limitaré á decir, sin temor de que nadie lo ponga en duda, que los indios son singularmente hábiles para montar, tal vez incomparables. No podría esperarse otra cosa de una raza que durante muchas generaciones ha estado acostumbrada á recorrer las llanuras y las Montañas Pedregosas siempre montando en pelo y que en cierto modo se erió sobre sus mismos caballos.

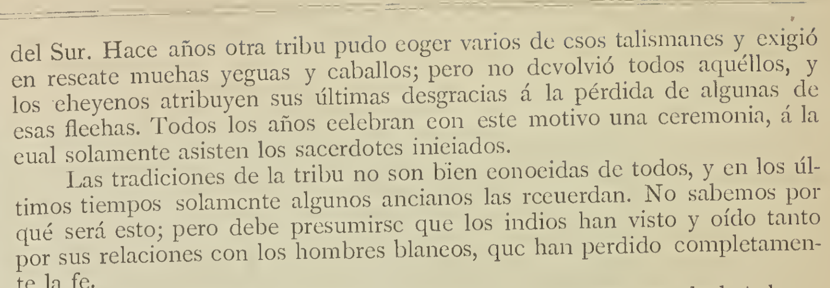


EL INTÉRPRETE B. CLARK

Durante el camino el intérprete me entretuvo agradablemente con su conversación. Díjome que hacía treinta años que estaba en relaciones con los cheyenos; habla muy correctamente su lengua, y en una de sus excursiones al remoto Norte pudo reconocer que la de los indios eriks es casi la misma.

Los cheyenos llegaron primitivamente del Norte y son de origen algonquín. Aunque su leyenda sobre la famosa «flecha medicinal» no tiene nada de nuevo, voy á reproducirla aquí.

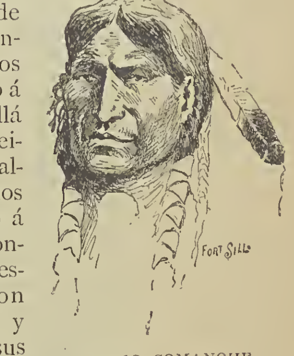
Hace largo tiempo, hacia el año 1640, los cheyenos estaban en guerra contra una raza de hombres que usaban armas de fuego. La lucha había ocurrido en la inmediación del país contiguo á lo que llaman Lago del Diablo, y los cheyenos, derrotados en varios combates, hallábanse en la más aflictiva situación. Un joven Horacio de la tribu, resuelto á sacrificarse por el bien común, despidióse de los suyos y marchó no se sabe dónde. Al cabo de algún tiempo encontró un anciano, personaje mítico, que se compadeció de él; condújole á una cueva muy profunda, allí le dió á escoger entre varios objetos que guardaba cuidadosamente, y el joven eligió lo que el anciano llamaba «flechas medicinales.» Cuando el buen hombre hubo practicado los debidos conjuros, el cheyeno, provisto de un poderoso fetiche, marchó á reunirse con la tribu. Esta última recobró entonces confianza, y en la lucha que muy pronto se siguió obtuvo la victoria y apoderóse por primera vez de varias armas de fuego. Desde entonces, la tribu ha conservado las «flechas medicinales» y ahora se hallan en el territorio indio en poder de los cheyenos


del Sur. Hace años otra tribu pudo coger varios de esos talismanes y exigió en rescate muchas yeguas y caballos; pero no devolvió todos aquéllos, y los cheyenos atribuyen sus últimas desgracias á la pérdida de algunas de esas flechas. Todos los años celebran con este motivo una ceremonia, á la cual solamente asisten los sacerdotes iniciados.

Las tradiciones de la tribu no son bien conocidas de todos, y en los últimos tiempos solamente algunos ancianos las recuerdan. No sabemos por qué será esto; pero debe presumirse que los indios han visto y oído tanto por sus relaciones con los hombres blancos, que han perdido completamente la fe.

Nuestro vehículo se acercaba lentamente al campamento de los cheyenos, inmensa pradera salpicada de trecho en trecho de esa especie de diminutas tiendas de campaña que los indios usan y que más bien parecen gazaperas; entre ellas había unos extraños vehículos semejantes á furgones, de un uso muy común entre los indígenas. En varios puntos veíanse grupos de jacas y caballos, entre los cuales circulaban indios con sus sábanas blancas, que de noche me habrían parecido seguramente seres fantásticos. A poco pasamos por delante de un grupo de indios sentados; una mujer que vestía faldas de percal de colores brillantes cambió algunas palabras con el intérprete, el cual prolongó la conversación á fin de darme tiempo para bosquejar algunos tipos. Cuando M. Clark manifestó á la india que yo acababa de hacer su retrato, comenzó á reir á carcajadas, creyendo que se burlaban de ella, pero pronto se pudo convencer de que no era así.

Las mujeres de esta tribu, exceptuando algunas que proceden de las llanuras del Norte, son las únicas que se pueden considerar como verdaderamente agraciadas. Los nombres que usan son convencionales y poco más ó menos los mismos que en otro tiempo fueron los más comunes. Algunos se distinguen por el sonido agradable que á veces sorprendemos en los dialectos indios, como por ejemplo: «Mut-say-yo», «Wau-hi-yo», «Mo-ka-is» y «Jok-ko-ko-me-yo»; en ellos se reconoce el suave acento gutural de la pronunciación india.



INDIO COMANCHE

Al entrar en el campamento ofrecióse desde luego á mi vista todo cuanto podía hacer más interesante la escena en que yo iba á buscar asuntos para un álbum. Un curandero indio estaba junto á un enfermo, ó que al menos parecía tal; mas allá un grupo de jóvenes preparábase para dar principio á una de esas danzas características de los salvajes; cerca de allí otros dos hombres estaban echados en graciosa actitud; varios niños corrían de un lado á otro con los perros, y algunos indios jugaban al monte junto á una carreta. Un anciano casi del todo desnudo acercóse vacilante á nuestro vehículo y habló con el intérprete. Llamábanle de sobrenombre el *Toro*, y con su rostro lleno de arrugas, su cabello gris y sus mandíbulas sin dientes, era el tipo más extraño que imaginarse pueda. A un jinete que pasaba cerca de nosotros le compré una silla de montar construída con asta de alce, que por cierto son muy raras ahora. No deja de ser interesante el estudio de estos objetos, pues todas las tribus usan un modelo diferente, y los de las mujeres difieren de los del hombre.

Nos apeamos junto al cobertizo de *Remolino*, soberbio tipo á quien se considera ahora como jefe principal. Me llamó la atención su aspecto digno y reservado; recibiónos cordialmente, y nos invitó á tomar asiento bajo una enramada. Según costumbre de casi todos los indios, rehusó el cigarro que le ofrecí y sacó uno de los suyos.

Gracias al intérprete pudimos entablar conversación, y por lo pronto sospeché que el anciano pensaba que yo ejercía algún cargo del Gobierno. Sin duda me tomó por un gran jefe de Wáshington; pero le expliqué que yo no era sino un artista, lo cual no pareció comprender bien. Habiéndole rogado que tuviera la bondad de ponerse su plumaje, hízolo así, y bosquejé su retrato, enseñándoselo después. Al mirarlo, su rostro expresó cierto desdén, y mi hombre quedó algo perplejo; pero me parece que no desmerecí nada en el juicio que de

INDIO ARAPAHOE HERRANDO Á LOS BUEYES



CRISTÓBAL COLÓN EN LA CORTE DE ISABEL LA CATÓLICA, cuadro de Brozik, grabado por Baude



CAZA DE NOVILLOS

mí habría formado. En su juventud *Remolino* había sido un gran jefe, un guerrero; pero una vez fué á Wáshington, y allí pudo apreciar la fuerza y el número de los hombres blancos. Después de esto aconsejó la paz á toda su tribu, y no quiso tomar parte en el último levantamiento de los indios. Su gente fué derrotada, según él había previsto, y desde entonces todos los indígenas tuvieron la mayor confianza en su juicio y pidiéronle siempre consejo. Hice varias preguntas al anciano jefe para obtener informes sobre el género de vida de los indios antes de la conquista, y á todo me contestó gravemente con muy buen sentido. El hombre se extendió en detalles sobre la condición de su pueblo, y oíle con gusto hasta el fin; pues aunque no estuviera versado en la ciencia de gobernar, agradábame su manera de expresarse. Díjome, entre otras cosas, que acababa de regresar del país de los cherokees, donde se había celebrado una gran reunión de las tribus, en la cual pronunció un largo discurso. Todos los indios temían que se les despojase de sus tierras, y el Consejo les advirtió que no debían tomar parte en ningún movimiento relacionado con este asunto. El jefe recordaba con orgullo las palabras que había dirigido á la asamblea y la admiración de que fué objeto. *Remolino* me pareció un hombre inclinado al progreso. Díjome que él no podía hacer ya nada, á causa de sus muchos años, para que se adoptase el método de vida más propio para su tribu; pero que su hijo llegaría á igualarse con los cherokees civilizados. Este hijo estaba sentado allí cerca, y no me parecieron exageradas las esperanzas del padre, pues era un joven de expresión inteligente y de gallardo aspecto; y según supe después, había estado tres años en una escuela cuyo nombre no recuerdo. Vestía como los blancos, y díjome que poco tiempo antes pertenecía al cuerpo de batidores al servicio del fuerte Reno.

La cría de ganados es la industria natural del país, y sería la más propia para esos indios, que ahora se reponen muy poco á poco de los reveses sufridos en su última rebelión; pero es duro para ellos limitarse á conducir rebaños al pasto, á guisa de pastores, cuidándolos como es debido, y apenas se puede esperar que se dediquen á semejante ocupación los que han de buscar continuamente su alimento para no morirse de hambre. Sin embargo, no faltan algunos que tienen numerosos rebaños, que pueden subsistir muy bien con su trabajo y que evidentemente llegarían á ser buenos ganaderos.

La costumbre que hay ahora de retirar algunos chicos y niñas de los campos para ponerlos en una escuela, donde se les enseña un poco de inglés, moral y algún oficio, no tiene nada de reprensible; pero no dará resultado alguno en cuanto se refiera á resolver el problema indio. Los pocos chicos que vuelven á los campos con los escasos conocimientos adquiridos no tienen oportunidad para utilizarlos. Andan por los fuertes durante algún tiempo, sin tener nada que hacer; no se aprecian los servicios que podrían prestar ni las cualidades de los individuos; y como consecuencia natural de esto, la barbarie heredada de sus antecesores desde hace miles de años, se antepone al fin á las ligeras nociones adquiridas en la escuela. Entregados otra vez á la vida de los campos, vuelven á usar la manta, déjanse crecer el cabello y muy pronto olvidan lo que aprendieron; de modo que al cabo de un año no se reconoce diferencia alguna entre el joven que estuvo en la escuela y el que ha sido siempre salvaje.

Si alguna vez se da el caso de que la raza blanca se proponga que esos indios lleguen á ser una parte de nuestro sistema social en vez de separarlos de él completamente, no habrá sino un medio de hacerlo. El llamado problema indio no es en realidad un problema, pero ha tomado el carácter de tal por una serie de actos altamente absurdos que no podrían explicarse sino por la ambición política. El sentimiento de esta nación se inclina á que no se considere á los aborígenes aquí como una raza conquistada; y ya que la mayoría de nuestros ciudadanos se muestran apáticos cuando se trata de cosas que se hallan tan lejos como estos indios, los encargados de la administración, los que tienen en sus manos la suerte de esos indígenas, deberían mirar el asunto con más interés. Cierto que la condición de aquéllos es ahora muy aflictiva, tanto, que los hombres prácticos, así en los círculos políticos como en los militares, se resisten á erigirse en reformadores; pero me parece que aun se podría intentar alguna cosa. Mis opiniones sobre el particular no son originales, sino muy antiguas, y por lo mismo conócenlas muy bien todos los oficiales de ejército que han pasado la mayor parte de su vida en la frontera del lejano Oeste. Si algo ha de hacerse para aliviar la condición de las tribus indias, será preciso adoptar un plan de reforma radical; pero si las medidas que se adopten fuesen tardías, no pasará mucho tiempo sin que veamos á los pobres indígenas disputar á los perros los huesos y las piltrafas que sus amos les dan. Esos indios, como indiqué antes, pueden muy bien dedicarse á la ganadería, y seguramente lo harían así con un poco de estímulo. Por otra parte, en muchas guarniciones de los fuertes se han formado cuerpos de batidores ó exploradores indios que con frecuencia prestan útiles servicios, y serían muy propios para organizar cuerpos de caballería regular, que sin duda llegaría á distinguirse como una de las mejores del globo y cuyos individuos se utilizarían poco á poco, llegando á tener tal vez algún día mucha importancia para los Estados Unidos. En todo cuanto concierne á los asuntos de policía, los cuerpos de exploradores indios son sumamente útiles en el Oeste hoy día.

Cerca de cuatro horas estuve junto á la vivienda del anciano jefe, y cuando me separé de él no pude menos de reconocer que aquel indio sabía más que nadie respecto á las diversas tribus y á las tendencias é impulsos de los blancos en esta cuestión.

Las glorias de los jefes indios han pasado ya; á medida que la raza va dependiendo más y más del Gobierno, su prestigio se desvanece.

La Agencia de los cheyenos está situada á cosa de milla y media del fuerte Sill, y aunque el cuerpo principal del edificio es de ladrillo no deja de tener un aspecto imponente. Rodéanle varios almacenes y algunas casas blancas, muy semejantes á las de un pueblecillo de Nueva Inglaterra; viéndose allí cerca jacas ensilladas é indios que comunican á la escena mucha animación. Quince agentes de policía indígena están encargados de la vigilancia en el fuerte y sus alrededores. Visten uniforme de color gris, y con sus polainas y sus revólvers presentan, en cierto modo, un aspecto militar. Los artículos exportados para los indios no tienen ya el mismo carácter, pues sus necesidades son más conformes con la civilización.

En la Agencia se les da harina, azúcar y café, y en cuanto á la carne han de ir á buscarla á un inmenso corral situado á cierta distancia en la llanura. La distribución es bastante curiosa y yo quise verla.

Emprendimos la marcha á primera hora de la mañana, y no tardamos en llegar al corral. Delante de la puerta vimos ya una considerable multitud, y por todas partes llegaban grupos de indígenas para engrosarla. Cerca de la casucha varios individuos calentaban hierros para marcar el ganado que debía distribuirse.

El agente se acercó al corral para inspeccionar el ganado que debía distribuir, consistente en novillos, y terminado su examen se acorraló á los animales en un reducido espacio, mientras que un arapahoe, provisto de uno de los hierros de marcar, colocóse en una plataforma y dió principio á su tarea, imprimiendo las letras ID en el lomo de cada uno de aquéllos.

Frente al corral hallábanse en línea treinta jóvenes indios montados con sus carabinas y revólvers en mano. El agente leyó en una lista sus nombres, mientras que otro individuo, de pie en la plataforma, señalaba á cada indígena el animal de su propiedad. Los interesados llegaban uno tras otro, y alargando el brazo sobre la cerca marcaban á su vez el novillo que les pertenecía, cortándole una oreja ó la cola ó poniéndole alguna divisa para reconocerlo. Un momento después, los novillos se precipitaban fuera del corral frenéticos y espantados, huyendo de aquella cruel multitud; pero esperábanles fuera los jinetes indígenas, que se lanzaron en su seguimiento, armados de carabina ó revólver.

Yo quise ver la carrera hasta el fin, y montando en mi caballo prestado, piqué espuelas para no perder de vista á los indios. El oficial me había advertido ya que tuviera cuidado, porque en el desordenado tiroteo que iba á seguirse podía suceder muy bien que me introdujeran alguna bala en el cuerpo. En toda la pradera resonaban á cada instante las detonaciones; acá y allá veíase rodar por tierra un novillo, y no parecía sino que estuviésemos cazando el búfalo. Mi caballo, enardecido sin duda por el olor de la pólvora, emprendió tal galope que muy pronto me hallé delante de los demás jinetes y de uno de los novillos que perseguían. De repente oí silbar una bala sobre mi cabeza, y recordando entonces la advertencia del oficial me desvié al punto de la línea. Muertos los novillos, las mujeres siguieron los carros y ocupáronse después en cortar la carne, que se distribuyó entre todos, según ciertas reglas convenidas ya sin duda, y después cada cual se fué á su campamento con la parte que le había correspondido.

La tranquilidad y el contento no se turban mientras hay carne; pero el mal es que pronto se concluye, porque la ración es insuficiente. Algunos indígenas adquieren dinero vendiendo jacas, de las que tienen un número considerable; pero el porvenir financiero de los cheyenos es poco halagüeño.



AGENCIA CHEYENA

Lo que más ambicionan aquí los indios jóvenes se reduce á ser alistados para ingresar en el cuerpo de exploradores. Cuando se les admite cumplen con todos los deberes del soldado puntualmente; pero no son buenos para centinelas, y tienen el defecto de no apreciar las formas ni las ceremonias militares.

Habiendo visto ya cuanto deseaba, marché al día siguiente á la estación del camino de hierro de Santa Fe. Pronto vi llegar el tren que debía conducirme; y al ocupar mi asiento sobre un muelle cojín, fijé maquinalmente la vista en mi ropa sucia, y no pude resentirme de que el conductor negro me mirara con toda la altiva dignidad de su clase.

F. R.

TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

(CONTINUACIÓN)



María, que es una loquilla, empuja, para coger á su hermana, un sofá que choca contra un baúl del Renacimiento, haciendo temblar la loza de Rouen que hay en los vasares; y entonces grita la buena señora, aunque con acento dulce, desde el fondo de su antro, que despide un buen olor á tocino frito:

«¡Vamos, niños, vamos! Dejad tranquilo á papá; idos á jugar al comedor.»

Ellos obedecen, porque allí pueden trastornar las sillas como les plazca, y hacer casas para jugar á las visitas. Esa loca de María (¿pueden imaginarse cosas semejantes á los cinco años de edad?) toma el brazo de Amadeo, á quien llama su marido, vá á visitar á su hermana Luisa y la presenta su niño, un muñeco de cartón muy cabezudo, envuelto en una servilleta.

– Ya ve usted, señora, – dice á su hermana, – que es un niño muy hermoso.

– ¿Y á qué piensa usted dedicarle cuando sea grande, – pregunta Luisa, que se presta á este juego sólo por complacencia; pues tiene diez años y es ya una señorita.

– A la milicia, señora, – responde gravemente María.

En este momento, el grabador, que se ha levantado de su asiento para estirar las piernas y encender por tercera vez su Abd-el-Kader, se pasea por el taller, y al mismo tiempo la señora Gerard, tranquila por la suerte de su guisado que cuece á fuego lento, despidiendo un olor agradable, entran ambos en el comedor y contemplan á los niños tan traviesos, tan graciosos con su aspecto de formalidad. El mira á su mujer, ella á su marido, y vuelven los dos á sus faenas riendo á carcajadas. Pero en el cuarto de al lado nadie ríe nunca. En casa de los Violette, sólo se tose, y se tose hasta el ahogo, hasta el desmayo. La tímida joven de cabellera demasiado pesada, va á... irse, y cuando lleguen las hermosas tardes, no volverá á estrechar en el balcón la mano de su marido, contemplando los astros. Amadeo no comprende nada de esto, pero está poseído de un vago terror: siente que en su casa sucede algo lamentable, y todo el mundo le da miedo: la vieja que huele á tabaco, que al vestirle por las mañanas le mira con aire de compasión; el médico tan peripuesto, que sube dos veces al día hasta el quinto piso y deja en la habitación olor á perfumería; su padre, que no sale ya de casa, que tiene una barba de bastantes días y que se pasea febrilmente por la salita, colocándose, con un movimiento de maníaco, detrás de la oreja el rebelde mechón. Hasta su madre asusta al pobre Amadeo. ¡Ah! Sí: él la ha visto á la luz de la lamparilla, con la cabeza hundida en la almohada, la nariz sumamente delgada, la barba deprimida, y como si le desconociera, y eso que tenía sus grandes ojos bien abiertos, cuando su padre, tomándole en brazos, le inclinaba hacia la enferma para que besase su frente cubierta de frío sudor.

Por fin llega el día terrible, día que Amadeo no olvidará nunca, aunque era entonces un niño pequeño, muy pequeño.

Hoy le ha despertado su padre, que le ha sacado de la cama; su padre, que tiene ojos de loco, enrojecidos á fuerza de llorar. El vecino, señor Gerard (¿por qué habrá venido tan temprano?), también deja asomar gruesas lágrimas á sus párpados, y permanece constantemente al lado del señor Violette, como si velara por él, y le toca afectuosamente en el hombro con la palma de la mano, diciéndole:

«¡Vamos, valor, amigo mío!»

Pero el buen amigo no le tiene. Deja que el Sr. Gerard siente sobre sus rodillas á Amadeo, é inclina su cabeza como la de un muerto sobre el pecho del bueno del grabador y empieza á llorar y sollozar con gran violencia.

«¡Mamá, quiero ver á mamá!» grita Amadecito lleno de espanto.

¡Ay! Ya no la verá más. Se le llevan á casa de los Gerard, y la buena vecina le viste, diciéndole que su mamá se ha marchado por mucho tiempo, que no debe pensar más que en su papá y quererle mucho; añadiendo otras palabras que no comprende, ni se atreve á pedir la explicación, pero que le consternan.

¡Cosa rara! El grabador y su mujer no se ocupan más que de él, mirándole á cada instante: hasta las pequeñas tienen un aspecto grave, casi respetuoso. ¿En qué consiste? Luisa no abre el piano, y cuando María ha querido tomar su caja de muñecas debajo del aparador, le ha dicho bruscamente su madre, tratando de ponerse seria: «¡Hoy no se juega!»

Después de almorzar, la señora Gerard se ha puesto su abrigo y su sombrero, y ha salido llevándose á Amadeo. Han subido á un coche que ha pasado por calles que él no conoce, han atravesado un puente, en medio del cual hay un caballero de bronce, muy grande, con la cabeza descubierta y coronada de laureles y se han detenido delante de una gran casa. Han entrado, y allí un joven muy vivo y muy ocupado ha hecho vestir á Amadeo un traje negro.

A la vuelta á su casa, el niño ha encontrado á su padre y al señor Gerard sentados á la mesa del comedor, ocupados en escribir señas en grandes sobres de luto. El señor Violette ya no lloraba, pero su rostro estaba surcado de dolor, y dejaba caer sobre los ojos sus encrespados cabellos.

Al ver á su hijo con el nuevo traje, ha exhalado un gemido, levantándose y tambaleándose como un hombre ebrio, vertiendo otra vez abundoso llanto.

¡Oh! Amadeo nunca olvidará este día, ni el horrible siguiente, cuando la señora Gerard vino por la mañana á vestirle con su traje negro, mientras que se oían en el cuarto de al lado ruido de gruesos zapatos y martillazos... Continuamente se está acordando de que no ha visto á su madre desde hace dos días.

«¡Mamá, quiero ver á mamá!»

Fué preciso tratar de hacerle comprender la verdad, y la señora Gerard le repitió varias veces que era necesario ser juicioso y bueno para consolar á su padre, que estaba muy apenado; añadiendo después que su mamá se había marchado para siempre y que estaba en el cielo.

¡En el cielo! Está muy alto y muy lejos el cielo. Pero si su madre está en el cielo, ¿qué es lo que lleva ese lúgubre carruaje, que él sigue, á pesar de la lluvia, apretando el paso, mientras que su padre con las manos cubiertas con guantes negros le estrecha las suyas? ¿Qué es lo que meten en ese hoyo del que sale un olor á tierra removida recientemente, rodeado de gentes vestidas de negro, y por qué su padre al mirar allí vuelve con horror la cabeza? ¿Qué ocultan en esa fosa abierta en un jardín lleno de cruces y de urnas de piedra, en donde los árboles de ramas de bronce relucen al sol después del chaparrón de los primeros días de marzo, dejando resbalar por sus troncos gruesas gosas parecidas á lágrimas.

¡Su madre está en el cielo!... Amadeo no se atreve ya á repetir la petición de «ver á su mamá». La tarde de este espantoso día, cuando se sienta á la mesa al lado de su padre, á la mesa en la que desde hace mucho tiempo la vieja del jubón no pone más que dos cubiertos, el pobre viudo, que todavía alguna vez se enjuga las lágrimas con la servilleta, coloca un pedazo de carne en el plato de su hijo, cortándole en pedacitos. El niño, algo pálido, sentado en la silla alta, se pregunta si no volverá á ver la mirada de su madre, tan dulce, tan acariciadora, en alguna de esas estrellas que á ella la gustaba contemplar desde el balcón en las frescas noches de septiembre, estrechando en la obscuridad la mano de su marido entre las suyas.

II

Los árboles son como los hombres; hay algunos que no tienen suerte. Pero como árbol desgraciado verdaderamente, ha habido pocos que se igualen al pobre diablo de plátano plantado en medio del patio de la institución de jóvenes situada en la calle de la Grande-Chaumiere, dirigida por M. Batifol.

La casualidad hubiera podido colocar este árbol en lo orilla de un río, en una bonita vega, desde donde viese pasar los barcos, ó bien en la plaza de una ciudad en donde hubiera guarnición, en la que podría disfrutar dos veces por semana de la distracción de oir tocar la música militar. Pues bien; nada de esto: estaba escrito en el libro del destino que el desgraciado plátano perdiera su corteza todos los veranos, como una serpiente que muda de piel, y que alfombraría el suelo con sus hojas marchitas por la primera helada, en el patio de la institución Batifol, que era un sitio poco agradable.

Por lo demás, este árbol solitario, un plátano como otro cualquiera *(plátanus orientalis)*, estaba entre dos edades y carecía de originalidad, y debía tener el sentimiento punible de engañar al público. En efecto, debajo de la muestra de la institución Batifol *(Curso del liceo Enrique IV. Preparación al bachillerato y á las Escuelas del Estado)*, leíanse estas palabras falaces: «*Hay jardín*», y en realidad sólo había un patio vulgar, con el piso cubierto de arena de río, y un arroyuelo cavado artificialmente alrededor; un patio en el que sólo hubieran podido cosecharse, después de las horas de asueto, media docena de pelotas perdidas, algún peón roto, y cierto número de clavos de zapatos. Sólo un plátano justificaba la ilusión, la ficción del jardín prometido en la muestra. Así, pues, como los árboles tienen seguramente sentido común, éste debía tener la conciencia de que él solo no constituía un jardín.

Además, es verdaderamente una suerte muy injusta para un árbol inofensivo que no ha hecho daño á nadie, la de extenderse al lado de una escuela de gimnasia, en un rectángulo perfecto, formado por una tapia como de cárcel, erizada de vidrios de botellas rotas, y por tres cuerpos de edificio de una simetría aflictiva, ostentando encima de sus numerosas puertas del piso bajo letreros cuya sola lectura hace bostezar; como, por ejemplo: Sala 1. Sala 2. Sala 3. Sala 4. Escalera A. Escalera B. Entrada á los dormitorios. Refectorio. Laboratorio.

El pobre plátano languidecía de fastidio en tan triste lugar, y sólo tenía algunos momentos agradables en las horas de recreo de los colegiales, cuando estallaban en el patio gritos y risas de alumnos enredadores y juguetones; siendo lisonjero para él que al pie de su tronco se estableciera el juego del tres en raya. Los pájaros parisienses, á pesar de no ser muy descontentadizos, nunca habían construído en él ni un solo nido, ni apenas se posaban en sus ramas. Es probable que este árbol desencantado, cuando el viento de abril agitaba su follaje, atrayendo á los pilluelos del cielo á merodear en él, les dijera: «Creedme, este sitio no vale nada. Idos á otra parte á haceros el amor.»

A la sombra de este plátano, plantado bajo la influencia de una mala estrella, debía deslizarse la mayor parte de la niñez de Amadeo.

Como empleado de ministerio, M. Violette estaba condenado á siete horas diarias de prisión, de las cuales una ó dos se destinaban á examinar con disgusto un fajo de impresos, probablemente superfluos, y las restantes á diversas ocupaciones intelectuales muy variadas, tales como rayar papel, limpiarse las uñas, hablar mal de los jefes, gruñir por la lentitud de los ascensos; mandar cocer una patata ó un pedazo de salchicha para el almuerzo, ó leer un periódico de cabo á rabo, hasta el nombre del impresor y hasta los bombos, entre los que un cura de aldea expresa su sencilla gratitud por haber sido curado de un constipado pertinaz. En recompensa de esta cautividad cuotidiana, M. Violette recibía á fin de mes una cantidad exactamente precisa para asegurarse la sopa y la carne con algunos pepinillos alrededor.

Con objeto de procurar á su hijo una posición distinguida, el padre de M. Violette, relojero en Chartres, había gastado cuanto ganaba, no dejando á su fallecimiento absolutamente nada. Su hijo, el Silvio Péllico administrativo, en sus horas de fastidio exasperado, estaba pesaroso de no haber seguido sencillamente el arte de su padre, y veíase imaginariamente en la clara tiendecita de junto á la catedral, bajo cuya arcada distinguía una muestra representando á un lobo acechando las ristras de cebollas de una granja, y oyendo el alegre tic tac de una treintena de relojes de oro y plata, dados á componer por los campesinos, que vendrían á recogerlos el día del mercado.

Pero yo pregunto: ¿esta profesión humilde era digna de un joven que había hecho estudios completos: bachiller en letras, atiborrado de *raíces griegas* y de *deducciones*, que le permitían demostrar, casi sin tomar aliento, la existencia de Dios y precisar datos acerca de los reinados de Nabonassar y de Nabopolassar? No, señores. Y el modesto relojero de Chartres, sencillo artista ó artesano, comprendía mejor el espíritu moderno. (¡Muy bien, muy bien! Escuchad.) ¿Nos hallamos todavía en Egipto, en tiempo de los Faraones, para que un hijo suceda forzosamente á su padre en su oficio? (Aprobación.) No; este modesto tendero, después de todo, había obrado según la ley de la democracia, siguiendo el instinto de una noble y juiciosa ambición. (Aplausos en muchos bancos.) Y ha hecho de su hijo un joven inteligente y sensible, una máquina de llenar impresos y de perder días en adivinar las charadas de *La Ilustración*, que descifraba tan de corrido como M. Ledrain una inscripción cuneiforme de una baldosa asiria; resultado admirable que debía regocijar á los manes del antiguo relojero. Su hijo había llegado á ser un caballero, un funcionario tan honorablemente retribuído por el Estado, que veíase obligado á mandar ponerse en la parte posterior de sus pantalones remiendos de paño de color casi parecido, y á que su pobre mujer, cuando se aproximaba su parto, llevara al Monte de piedad el cucharón y los seis únicos cubiertos de plata que había en la casa.

Sea lo que sea, lo cierto es que M. Violette, habiéndose quedado viudo y estando ocupado todo el día, veíase muy apurado con un hijo tan pequeño.

Sin duda alguna, sus vecinos, los Gerard, continuaban siendo muy amables para con Amadeo, y le tenían en su casa toda la tarde; pero este estado de cosas no podía durar siempre, y M. Violette sentía escrúpulos de abusar de la complacencia de aquellas honradas gentes.

Sin embargo, Amadeo no los incomodaba, y la mamá Gerard le amaba ya como á uno de los suyos. El huérfano habíase hecho inseparable de Mariquita, un diablillo, que cada día estaba más linda. El grabador había encontrado en un armario su antigua gorra de pelo de granadero de la Guardia Nacional, prenda de uniforme suprimido desde el 48, y se la dió á los niños. ¡Un magnífico juguete! Inmediatamente le trasformaron, en su imaginación, en un oso gigantesco, de espantable ferocidad, al que se pusieron á cazar por toda la casa, emboscados detrás de los sillones, apuntándole con palos é hinchando los carrillitos con to-



das sus fuerzas para gritar *¡pum!* imitando los disparos de fusil. Esta diversión cinegética acabó de arruinar el antiguo mobiliario.

Entre tanto, las escalas del piano de Luisa, la mayorcita, se deslizaban produciendo un torrente musical, el frito chirriaba en los hornillos de la cocina de la mamá Gerard, y tranquilo en medio de aquel alegre desorden y de aquel estrépito, hasta no poder entenderse, el grabador, siempre en su tarea, cincelaba el gran cordón de la Legión de honor y las charreteras de canalones del Príncipe Presidente, al cual, republicano sospechoso, acechando el golpe de Estado, detestaba Gerard de todo corazón.

– Seguramente, vecino, – decía la señora Gerard al empleado, cuando al salir de la oficina venía á buscar á su hijo, y se excusaba de la incomodidad que decía dar á la familia, – con toda verdad aseguro á usted, mi estimado señor Violette, que el niño en nada nos molesta... Espere usted un poco antes de ponerle en el colegio. No es enredador, y si María no le sacase de sus casillas... Muy bien puede afirmarse que entre los dos, ella es el muchacho; sin ese diablejo, Amadeíto siempre estaría registrando estampas. Luisa, la mayorcita, le hace leer todos los días dos páginas de «La moral en acción», y ayer mismo el niño divirtió mucho á Gerard, contándole la historia del elefante agradecido... Tiempo sobrado tiene V. para mandarle al colegio... Espere V. un poco, etc., etc.

Pero M. Violette estaba decidido á hacer entrar á Amadeo en el colegio Batifol, como externo, por supuesto. ¡Era tan cómodo! Sólo había que andar dos pasos. Esto no impedirá que el niño vea con frecuencia á sus amiguitas. Tiene ya cerca de siete años y está muy atrasado, apenas sabe formar letras; no hay que descuidarse con los niños.

Por esto, un hermoso día de primavera, M. Violette presentóse con su hijo en el gabinete de M. Batifol, que no tardaría en venir, según ha dicho el criado.

El gabinete de M. Batifol es espantoso.

En los tres cuerpos de estantes de libros, que no abre jamás el perfecto preceptor y avaro pupilero, sólo asoman sus cantos algunas obras que compra de lance á los libreros de los muelles; como por ejemplo: *El curso de literatura*, de Laharpe, y un *Rollin* que nunca se acaba.

La mesa cilíndrica de estudio, obra maestra de caoba chapeada, cuyo secreto sólo conserva el arrabal de San Antonio, ostenta sobre sí una esfera terrestre.

Amadeo se fija en seguida, á través de una ventana abierta, en el plátano que hay en medio del patio, que se aburre extremadamente, no obstante el sol y el cielo azul y el aire primaveral.

Un mirlo joven, que todavía no conoce el barrio, ha venido hace un momento á posarse en una de sus ramas; pero indudablemente el árbol le ha dicho:

«¿Qué vienes á hacer aquí? El jardín del Luxemburgo está á tres vuelos, y aquello es encantador. Allí hay niños que hacen pasteles de arena, niñeras que sentadas en los bancos hablan con los militares, enamorados que se pasean cogidos de la mano... ¡Vete, pues, allí, imbécil!»

El mirlo vuela, y el árbol universitario, vuelto á su soledad, deja colgar sus hojas desilusionadas.

Amadeo, en su confusa inteligencia de niño, está á punto de preguntarse por qué aquel plátano tiene el aire tan triste; pero ábrese una puerta y se presenta M. Batifol.

De aspecto feroz, á pesar de su nombre casi inconveniente, el director del colegio se parece á un hipopótamo vestido con una amplia levita de paño negro. Se adelanta pausadamente, saluda á M. Violette con dignidad, se sienta en su

sillón de cuero delante de sus papelotes, se quita su gorro de terciopelo y descubre una calva tan voluminosa, redonda y amarilla, que Amadeíto la compara con espanto á la esfera terrestre colocada sobre la mesa.

Las dos son una misma cosa: sus dos bolas son gemelas; hay en el cráneo



de M. Batifol una erupción de granitos sanguíneos agrupados, poco más ó menos, como los archipiélagos del Océano Pacífico.

– ¿A qué debo el honor...? – pregunta el director con una voz pastosa, excelente para gritar los nombres en la distribución de premios.

M. Violette es algo tímido: cosa estúpida hasta cierto punto; así es que cuando el jefe de su negociado le llama á su despacho para algún asunto del servicio, siente una especie de atortolamiento y le tiemblan las piernas. Un personaje tan imponente como M. Batifol no es á propósito para darle aplomo. Amadeo es también tímido como su padre, y mientras el niño, asustado por el parecido de la esfera con la calva del director, empieza á temblar, M. Violette se turba, arregla su rebelde mechón, busca palabras y no acierta á decir nada.

Sin embargo, acaba por repetir poco más ó menos lo que decía á la mamá Gerard: «Su hijo va á cumplir siete años y está muy atrasado, etc., etc.»

El director parece escucharle con benevolente interés, inclinando de vez en cuando su cráneo geográfico; pero en realidad observa y juzga á sus visitantes.

La levita algo raída del padre y la tez paliducha del niño revelan la pobreza. Se trata de un externo de treinta francos mensuales. Nada más.

Por lo tanto, M. Batifol suelta el *speach* que dirige en iguales circunstancias á todos sus nuevos clientes.

Se encargará de su «joven amigo» (por treinta francos mensuales, llevando el niño su almuerzo en una cestita), que será desde luego colocado en una clase elemental. (Algunos padres de familia prefieren, con razón, la media pensión con una comida sana y abundante al mediodía; pero M. Batifol no insiste sobre este particular.) Su joven amigo será, pues, destinado á una clase infantil, pero se comenzará á prepararle *ab ovo*, para recibir en su día las lecciones de esta Universidad de Francia, *alma parens* (naturalmente, la enseñanza de lenguas extranjeras no está comprendida en los precios ordinarios), de esta ilustre Universidad, que por el común trabajo, por la emulación entre los educandos (las artes de adorno y el baile, música y esgrima se pagan, por supuesto, aparte) predispone á los niños á la vida social, haciéndoles hombres y ciudadanos.

M. Violette se contenta con la asistencia externa á treinta francos. Trato concluído. Desde el día siguiente, Amadeo ingresará en el «nuevo preparatorio».

– Deme usted la mano, amiguito, – dice el director del Colegio, cuando el padre y el hijo se levantan para despedirse.

Amadeo, muy turbado, alarga la mano, y M. Batifol estrecha la suya, que es tan enorme, tan pesada y tan fría, que á su contacto el niño siente un estremecimiento, como si tocara una pierna de carnero de siete ú ocho libras acabada de llegar de la carnicería.

Por fin se van, todo está hecho. Al día siguiente, Amadeo, provisto de una cesta en la que la vieja asistenta que huele á tabaco ha puesto una botellita de agua rojiza, unos pocos menudillos de vaca y dos tortas de dulce, se presenta en el colegio Batifol, para ser preparado sin retardo á las lecciones de *alma parens.*

El hipopótamo vestido de paño negro, sin quitarse esta vez el gorro, – con gran disgusto del niño, que quisiera asegurarse de si el cráneo de M. Batifol está marcado como el globo terráqueo por los grados de latitud y de longitud, – conduce inmediatamente á su alumno á la clase novena preparatoria y le presenta al maestro.

– He aquí un nuevo externo, M. Tavernier... Usted verá cómo se encuentra para la lectura y escritura, ¿no es eso?

M. Tavernier, que es un joven alto y amarillento, otro de tantos bachilleres, que á estar hoy día, como estuvo su difunto padre, sargento de gendarmería, en un lindo rincón de hierbas y manzanos de Normandía, no tendría quizá ese rostro de papel de estraza, ni se hallaría vestido á las ocho de la mañana con una levita negra del género de esas que suelen verse colgadas en la Morgue.

M. Tavernier acoge *al nuevo* con una tenue sonrisa que desaparece tan pronto como M. Botifol se marcha.

– Vaya usted á colocarse en aquel sitio desocupado en la grada tercera, – dice M. Tavernier en un tono lleno de indiferencia.

Sin embargo, se digna conducir á Amadeo al sitio designado. El vecino del pequeño Violette, uno de los futuros ciudadanos que se preparan para la vida social, – algunos de ellos tienen todavía calzones abiertos por detrás, – ha cometido la falta de llevar á clase un puñado de anzuelos, esperando divertirse antes de la hora del asueto. Cuando Amadeo se sienta á su lado, el travieso alumno le dice al oído, señalando á M. Tavernier:

– Ya verás qué cara pone de perro, cuando el peón enganchado en el anzuelo se eleve hasta su mesa.

El maestro golpea con una regla en un brazo del sillón é impone silencio Luego manda al alumno Godard que recite su lección.

Godard, un gordiflón de ojos mortecinos, se levanta automáticamente. De una sola tirada, sin tomar aliento, como un canalón que corre, recita *El lobo y el carnero*, y el texto de La Fontaine se desliza con loca rapidez como el hilo de una máquina de vapor:

«Siempre es la mejor la razón del más fuerte. Vamos á demostrarlo. Un cordero apagaba la sed en la corriente de una onda pura...»

De repente el alumno Godard se turba, titubea: la máquina está mal ensebada, ó hay algún cuerpo extraño que obstruye su marcha.

«En la corriente de una onda pura... en la corriente de una onda pura...»

Luego se calla bruscamente: la máquina se ha parado... El alumno Godard no sabe su lección: es condenado á no moverse de debajo del plátano en la hora de asueto.

Después del alumno Godard, le toca el turno al alumno Grosdidier, y luego al alumno Blanc, al alumno Moreau (Gustavo), al alumno Moreau (Ernesto), al alumno Malapert, y á otro y otro y otro; y todos recitan maquinalmente con la misma volubilidad, con la misma voz de falsete la cruel y admirable fábula: lo cual es pesado y monótono como una lluvia fina y persistente. Todos los alumnos de la «novena preparatoria» quedarán disgustados para quince años, por lo menos, del más exquisito de los poetas franceses.

Amadeíto tiene ganas de llorar: oye con una estupefacción mezclada de espanto á los escolares.

¡Pensar que mañana él tendrá que hacer otro tanto! Nunca podrá. M. Tavernier también le preocupa mucho. Negligentemente sentado en su silla el apergaminado bachiller, que no carece de pretensiones, á pesar de su levita raída, se lima cuidadosamente las uñas, y sólo abre la boca de vez en cuando para proferir una amenaza ó imponer un castigo.

¿Y esto es la escuela? Amadeo recuerda las agradables lecciones de lectura que le daba la mayor de las niñas Gerard, la buena Luisa, tan juiciosa y seria á los diez años, cuando le enseñaba las letras de un alfabeto con figuras, con tanta paciencia y dulzura, señalándoselas con la punta de una aguja de hacer calceta. El niño, penetrado desde un principio del abrumador fastidio escolar, mira hacia afuera, por detrás de las vidrieras por donde entra la luz, y ve moverse, sin ruido, las largas hojas dentadas del plátano melancólico.

(Continuará.)



SECCIÓN CIENTÍFICA

EL HIERRO Y EL CARBÓN

Los grandes señores, los poderosos de la tierra, tienen *muchos nombres* y de ellos hacen ostentación: parece que multiplicar nombres, títulos y apellidos es multiplicar el ser ó por lo menos ensancharlo: natural aspiración del *ser finito*, que quisiera no serlo y se esponja á su manera.

Pero el siglo *diez y nueve* es un gran señor entre todos los de la serie: un poderoso de los tiempos; y he aquí por qué, ya que no él mismo, que es modestísimo, sus admiradores al menos le dan muchos nombres.

Siglo de las luces se le llamó hace años, y bien llamado estaba. El ha iluminado con los resplandores de la ciencia los más obscuros senos de la materia, los más remotos horizontes del espacio planetario; él inundó con torrentes de *gas inflamado* las calles y las plazas de las grandes ciudades, los teatros y los circos, las fiestas y los espectáculos públicos de toda clase. No faltó algún poeta, y de los más insignes, que jugando en cierto modo del vocablo, tentación á que no resiste ningún hombre de letras, en vez de llamarle siglo de las luces, le llamó siglo de *los fósforos;* chiste que es, sin que el autor lo sospeche, un gran elogio, porque el fósforo es con toda su modestia democrática un gran triunfo de la época moderna y algún día cantaré yo sus alabanzas.

Siglo de la electricidad se le llama también, y no hay título más glorioso ni hay príncipe alemán que ostente otro más sublime por muy cargado de consonantes sencillas y dobles que se nos presente. La electricidad lleva el pensamiento de uno á otro mundo por los abismos del mar, sin que vegetaciones ni monstruos marinos, ni gigantescas corrientes de agua salada sospechen que el verbo humano se desliza con velocidad infinita casi por aquel cable, que conchas incrustan, tentáculos palpan y hierbas oceánicas acarician. La electricidad en su palpitación de corrientes sucesivas lleva también la palabra y el canto á kilómetros de distancia, haciéndonos oir la voz lejana del sér querido ó del amigo ausente; que prodigio semejante parecía imposible á nuestros más ambiciosos deseos, hasta que apareció el teléfono, complemento del telégrafo. La electricidad transporta la fuerza, por medio de dos dinamos combinados, á grandes distancias; hoy, recogiéndola de la solitaria catarata que se precipita en el seno de salvaje montaña, bien pronto acaso recogiéndola de la lumbre solar, de la palpitación de la marea, ó del ondular de la ola. La electricidad con la luz de incandescencia de Edisson ó con el arco voltaico obscurece y avergüenza al mechero de gas y da la luz del día en plena noche. Y así viene á ser algo como el espíritu etéreo del siglo diez y nueve, que vuela por el espacio, llevando consigo el pensamiento, la palabra, la nota musical, quizá la imagen, la luz y la fuerza. Bien llamado está *el siglo de la electricidad;* que no hay título de grandeza que mejor le cuadre.

Siglo del vapor, se dijo, y se dice también, que es este que antes llamábamos de la luz y de la electricidad.

¿Y cómo negarle el derecho de alardear con tan preclaro nombre? La locomotora cruza por todas partes, despertando con sus resoplidos los ecos de todas las montañas de uno y otro continente y amenazando con su invasor empuje las arenas de todos los desiertos. La máquina fija crea la industria moderna, inundando de productos los mercados y bajando los precios para llegar á todas las clases; que si la inundación que sube es grandiosa y llega á las nieves de los gigantescos picachos, la inundación que desciende y se dilata lleva como la del Nilo la vida y la fecundidad á las bajas tierras. La máquina marina se mete por entre las olas y pone Nueva York á cinco días, y aun dicen que á tres días, de Inglaterra, como si un dios hubiese echado titánico cable entre el viejo y el nuevo mundo, y tirando de uno y otro cual de inmensos bajeles, los hubiera acercado, poniéndolos hoy al habla, mañana al abordaje de la fraternidad universal.

Todo esto se ha dicho de nuestro siglo y todos estos nombres se le han dado.

Sin embargo, aun le llamaria yo de otro modo: aun diría que nuestro siglo es el siglo *del hierro* y el siglo *del carbón*.

¡Hierro y carbón! Yo sé bien que *la luz*, que *la electricidad*, que *el vapor*, son nombres más sonoros. El hierro... ¡qué tosco! El carbón... ¡qué negro!

Pero es el caso que el hierro y el carbón son la base de todas aquellas maravillas.

Sin hierro no hay vías férreas por donde las locomotoras y los trenes circulen; ni puentes colosales de 100 metros, de 200, de 400 como el que está cerca de Nueva York, de más de medio kilómetro, sin apoyo intermedio, como el que está terminándose en Forth y será bien pronto el asombro del mundo.

Sin el hierro no habría cárcel para el vapor, ni locomotoras, ni máquinas fijas, ni máquinas marinas, ni herrajes, ni plataformas, ni tirantes, ni las mil y mil fibras de la industria, ni sus mil maravillosos útiles. El mundo del trabajo es un tejido estupendo de metal: es plancha en la caldera de vapor, es palastro en el puente titánico, es hilo en el telégrafo y en el teléfono, es maravilloso calado en la torre de Eiffel, es músculo colosal en la galería de 100 metros, es barrena, cuchilla, cepillo, garfio, maza en las máquinas trabajadoras, que hoy suplen con su organismo férreo al organismo humano.

Suprimid el hierro y suprimís la electricidad dinámica ó la hacéis imposible por lo costosa, porque suprimís á la vez la dinamo: ni luz eléctrica, ni transporte de fuerza, ni todo un porvenir de asombros y prodigios.

Suprimid el hierro y desaparece el colosal steamer para dejar su puesto á la mezquina fragata de madera, monstruo para nosotros casi antidiluviano con ser de principios del siglo.

Suprimid el hierro y la humanidad retrocede 100 años, que es como retroceder mil y volver á la piedra, á la madera y á la miserrable barra metálica cuando más.

Por algo un insigne escritor ha publicado recientemente un libro en el que da al siglo XIX el nombre del *siglo del hierro.* Por algo he escogido para una parte del epígrafe de este artículo el mismo nombre.

Pero el hierro es el nervio y es el músculo, *no es la fuerza:* la contiene, la gobierna, la dirige, la resiste; él por sí no la crea, cuando más la sirve de cauce.

La fuerza por excelencia del siglo XIX es la que engendra la combustión del carbón de piedra. Ahí está la fuente y el origen de las grandes energías, de las inmensas potencias de que dispone la industria moderna.

Por él, por el diamante negro, por ese terrón sucio y tosco, es todo lo que es la vida del trabajo.

Sin el carbón no hay vías férreas, ni máquinas fijas, ni colosos marinos. ¿Para qué sirve ya el hierro? Allá pueden quedarse barras carriles, frías locomotoras é inmóviles artefactos.

Es verdad que queda la leña y que queda el petróleo; pero con petróleo y leña no más, la industria de los transportes y todas las industrias no serían más que remedos insignificantes de lo que hoy son, sin contar con que en la leña y el petróleo, el carbón es el elemento más importante.

Pero es que sin carbón de piedra la industria del hierro ó desaparece ó se convierte en un pobre pigmeo: ni altos hornos ni grandes forjas: suprimir el carbón mineral es suprimir á la vez todas ó casi todas las masas férreas.

Y además, no sólo el carbón engendra el vapor de agua, no sólo es necesario para fabricar el hierro, sino que al fin y al cabo la electricidad dinámica, si no en todos los casos, en la mayor parte de ellos, está engendrada por una máquina de vapor.

De manera que con él suben ó con él se precipitan todas las grandes potencias industriales del mundo moderno.

Por eso sostenemos que entre todos los grandes títulos de que puede hacer alarde nuestro siglo, y y entre todos los nombres que se le pueden dar, los más fundamentales, los más sólidos, los más gloriosos son estos dos: siglo del *hierro* y siglo del *carbón*.

Del hierro y del carbón proceden todas nuestras grandezas materiales: el carbón al quemarse engendra la fuerza: el hierro da la fibra, el músculo y el nervio.



Fig 1. – *El Tacoma*. Casa de negocios en Chicago. (De una fotografía.)

El mundo moderno es un Titán con carne metálica, pulmones de carbón de piedra y lleva en su cerebro en ondas de luz toda la ciencia acumulada durante centenares de siglos.

¡Pero una duda terrible nos asalta! Somos lo que somos en el orden material, y en todo lo que con él se relaciona, por el carbón de piedra y por la fibra metálica; pero ¿el carbón y el hierro son infinitos?, ¿no acabarán nunca?; y si acaban, ¿que será de nuestras grandezas, de nuestros adelantos, de todo nuestra civilización?

La duda es, por desgracia, fundada: podrán no faltarnos ni á nosotros ni á nuestros hijos estos dos elementos esencialísimos: podrán tener los grandes almacenes geológicos del planeta combustible y metal bastante para dos ó tres generaciones; pero dada la progresión creciente del consumo, antes de 200 años escasearán, y antes de otros 200 darán fin minas, galerías y filones. ¿Y entonces? Para entonces algo deberá pensarse, y ya se va pensando en ello.

¿Cómo se suplirá el carbón? ¿Con qué se suplirá el hierro?



Fig 2 – *State Street*, en Chicago. (De una fotografía.)

El lector que quiera saberlo, será preciso que satisfaga su curiosidad estudiando el progreso de los procedimientos industriales, ó esperando otro artículo sobre tan interesante materia, que quizá escriba alguna vez el autor de este.

JOSÉ ECHEGARAY

***

LA CIUDAD DE CHICAGO

La colonización de Chicago no comenzó propiamente hasta el año 1830 ó 1831, siendo tan lentos sus primeros progresos que, á los diez años, apenas contaba tres ó cuatro mil habitantes; pero gracias al vapor y á la electricidad tomó luego rápido vuelo, hasta que en 1871 un horroroso incendio vino á destruirla casi por completo. Ese desastre, sin embargo, lejos de anonadar á los ciudadanos de Chicago puso de relieve su espíritu emprendedor y les movió á reconstruir la villa según los principios científicos. En primer lugar dieron á las calles una anchura bastante para que las más pequeñas parezcan verdaderos bulevares y permitan fácilmente sentar dos líneas paralelas de rieles: los callejones son allí desconocidos. Como ejemplo de una de estas calles, y no de las más anchas, reproducimos una vista de la *State Street* (figura 2).

Circulan por estas vías numerosos tranvías y ferrocarriles, á los cuales se les ha obligado recientemente á no andar con una velocidad mayor de 16 kilómetros por hora: ocioso es consignar, después de citar esta cifra, que están movidos por vapor ó por electricidad.

Una de las curiosidades de la ciudad es la estación central, adonde van á parar, no sólo todas las vías urbanas, sino tambien las grandes líneas que ponen en comunicación directa las partes vitales de los Estados Unidos y del Canadá.

Imposible sería citar en los dos hemisferios otra ciudad importante que conceda á los sitios de circulación, paseos, estaciones de ferro-carriles, etcétera, más amplios espacios que Chicago, que se ha conquistado con ello el título de *ciudad de los Jardines*.

Los arquitectos han salvado el inconveniente de la gran diseminación de viviendas aumentando en proporciones prodigiosas el número de pisos en las casas. Gracias al empleo de medios destinados á hacer inútil el uso de las escaleras y á la resistencia de los materiales de construcción se han podido obtener alturas increíbles. La Babel que reproducimos (fig. 1) y que lleva el nombre de *Tacoma*, está totalmente ocupada por oficinas y despachos de industriales, ingenieros, abogados y políticos, y en ella tienen su representación todas las opiniones, todos los oficios y todas las razas humanas. Los inquilinos se comunican entre sí y con la calle por medio de ascensores y teléfonos, gracias á los cuales el vecino del piso duodécimo está tan cerca del suelo como el del principal.

Como en todas las grandes ciudades americanas, las calles se cortan unas á otras en ángulos rectos, de suerte que el plano de Chicago parece un tablero de ajedrez. Esta monotonía, sin embargo, queda rota por anchas vías transversales plantadas de árboles, á las que se da el nombre de avenidas, por dos brazos del río de Chicago, y también por los parques contruídos en diversos puntos de la población, que permiten á los vecinos de todos los barrios pasear por grandes espacios y frondosas arboledas sin alejarse mucho de sus domicilios. El agua es profusamente distribuída á todos los habitantes, y á fin de que siempre sea pura sin necesidad de filtrarla, los ingenieros han recurrido á un procedimiento original que demuestra bien su espíritu eminentemente práctico, construyendo debajo del lago dos túneles, de 1'50 y 2'10 metros de diámetro respectivamente, que desembocan á 3.200 metros de las orillas de aquél. Las máquinas de vapor tienen potencia bastante para suministrar 6.750.000 hectolitros en veinticuatro horas, cantidad que no se ha considerado suficiente, puesto que recientemente se han establecido otras estaciones y que el Consejo municipal ha acordado construir un túnel más largo y más ancho que los otros dos, que tendrá 2'40 metros de diámetro é irá á parar á 7.400 metros de la playa. El agua es elevada á una altura suficiente para que pueda llegar al último piso de las casas parecidas al Tacoma.

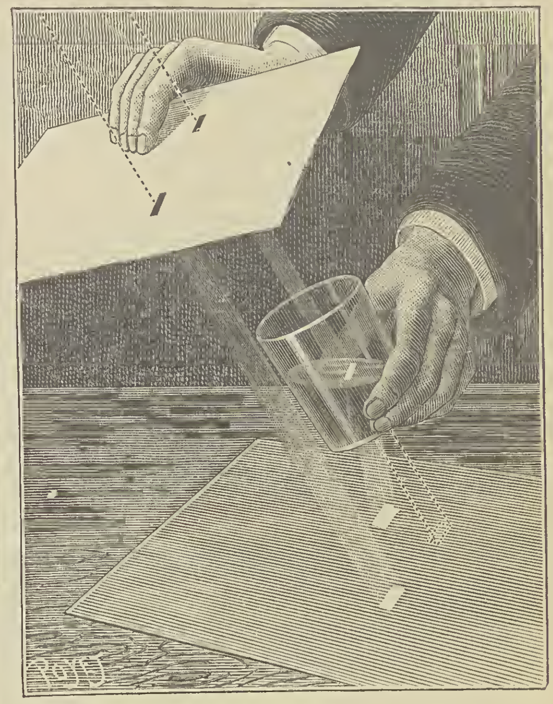
Entre las industrias locales que más llaman la atención merece citarse la telegrafía y la fabricación de máquinas agrícolas. Finalmente, creemos no deber pasar por alto que se ha organizado una compañía para transportar á Chicago el gas natural que se recoge á 80 kilómetros de distancia, habiéndose calculado que puede recogerse el fluido necesario para servir de combustible á todas las fábricas establecidas en la parte meridional de la ciudad, en la orilla del río Calumet.

***

FÍSICA SIN APARATOS

LA REFRACCIÓN Y DISPERSIÓN DE LA LUZ

Un vaso lleno en una tercera parte de agua y mantenido en posición inclinada, constituye un prisma que permite observar estos fenómenos. Si se opera á la luz del sol, se coloca el vaso en plena luz sobre un papel blanco, se le inclina de modo que su eje resulte paralelo á los rayos solares, y se le cubre luego con un cartón provisto de un agujero estrecho que dibuja en el papel una imagen muy clara. Moviendo ese cartón de modo que el agujero se proyecte sobre el líquido, desaparece la imagen, pero más cerca del vaso se ve otra colorada, que es el espectro solar con todos sus colores muy visibles: ha habido, pues, desviación y dispersión de los rayos luminosos.



Experimento acerca de la refracción de la luz por medio de un prisma obtenido con un vaso de agua.

Para comparar mejor la posición de las dos imágenes se practica en el cartón otro agujero, en el mismo nivel que el primero, que proyectándose fuera del vaso produce una imagen que sirve de punto de comparación.

Si se dispone de una cámara obscura en donde penetre un haz de luz solar, el experimento, que se hará de la misma manera, dejará ver, además, gracias á la iluminación de las partículas en suspensión en el aire y en el agua, los dos haces incidente y refractado, pudiendo distinguirse claramente el cambio de dirección que se produce al penetrar el haz luminoso en el líquido y la coloración espectral del haz refractado.

(De *La Nature*)

NUESTROS GRABADOS

CRISTÓBAL COLÓN

ANTE LA CORTE DE ISABEL LA CATÓLICA

cuadro de Brozik, grabado por Baude

¿A qué describir el grandioso asunto que tan magistralmente ha pintado Brozik? ¿Quién no conoce la historia del más colosal de los descubrimientos? ¿Habrá alguien que ignore la serie de desengaños y amarguras por que hubo de pasar el inmortal genovés antes de que para gloria de nuestra España le condujera el destino á la presencia de los Reyes Católicos? Acababan éstos de rendir el último baluarte de la media luna en el territorio español, cuando Cristóbal Colón pudo recabar de los magnánimos monarcas los auxilios que con tanta insistencia mendigaba aquel que poco después había de regalar un nuevo mundo al mundo viejo, que le había calificado de loco y visionario.

Tal es la escena que representa el cuadro que reproducimos Delante de los soberanos que escuchan con marcadísimo interés sus inspiradas evocaciones, en medio de consejeros y cortesanos en cuyos rostros se expresan los más variados sentimientos, desde la fe ardiente hasta la duda y la burla, yérguese altiva la hermosa figura del egregio marino, en cuya frente resplandece la serenidad del genio y de cuyos ojos brota la chispa del convencimiento más profundo. Su brazo extendido señala el punto imaginario en donde pocos meses más tarde tremolaba triunfante el pendón de Castilla.

El artista que tan bien ha sabido expresar lo que piensan y sienten los personajes de su lienzo, no ha demostrado menos talento al agruparlos con habilidad suma y al trazar el lugar de la escena; resultando el cuadro un conjunto lleno de animación y vida con detalles de primer orden, como las figuras de Colón y de doña Isabel y algunas testas de los nobles varones que se sientan en torno del grupo principal.

MONUMENTO

ERIGIDO EN HONOR DEL GENERAL GORDON EN CHATAM

Uno de los más tristes episodios de la guerra de los mahdistas sudaneses contra el Egipto fué el asesinato del intrépido general inglés, á la sazón gobernador del Sudán, Carlos Jorge Gordon, acaecido en 1885 cuando las tropas del Mahdi penetraron, tras un largo asedio, en la importante ciudad de Jartum.

Los ingleses, queriendo honrar la memoria de aquel héroe que halló trágica muerte en las abrasadoras regiones africanas, han erigido en Chatam el sencillo monumento que reproducimos y en el cual se representa al general Gordon vestido con el uniforme de general egipcio y montado en un camello.



MONUMENTO ERIGIDO EN HONOR DEL GENERAL GORDON, EN CHATAM

Inaugurado por el príncipe de Gales en 19 de mayo

Este monumento, costeado por los ingenieros reales, por los artilleros reales y por los ingenieros voluntarios, sin más inscripción que el nombre de Gordon, fué inaugurado el día 19 de mayo último por S. A. el príncipe de Gales que, vestido de gran uniforme y rodeado de un brillante estado mayor, pronunció sentidas frases manifestando su sincera admiración hacia el malogrado general y descorrió el velo que cubría la estatua mientras una banda militar ejecutaba el himno *For ever with the Lord*, que era el himno favorito de Gordon.

LIBROS PRESENTADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

CONFERENCIAS DADAS EN EL ATENEO BARCELONÉS RELATIVAS Á LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA. – Con muy buen acuerdo y respondiendo perfectamente á la noble misión que desde su creación se impuso, concibió el Ateneo Barcelonés la acertada idea de organizar una serie de conferencias en la cual se hiciese un examen crítico de la primera Exposición Universal española.

Distinguidos hombres de ciencia, reputados literatos, laureados artistas, conocidos comerciantes é inteligentes industriales, respondiendo al llamamiento que aquella Sociedad hiciera, dieron lectura á notables trabajos, en los cuales se analizó imparcial y concienzudamente el gran certamen en sus distintos aspectos, resultando del conjunto de todos ellos un estudio completo de la Exposición en extremo interesante, ameno y variado.

Estas conferencias en número de veintiséis han sido coleccionadas é impresas en un elegante tomo de unas 750 páginas por el Ateneo Barcelonés, que con su conducta digna de aplauso ha merecido bien de Barcelona y de cuantos se interesan por las manifestaciones del humano espíritu.

RETAZOS CIENTÍFICOS Y CABOS SUELTOS, por D. Pedro Gascón de Gotor.—El *Diario Mercantil de Zaragoza* ha coleccionado con este título varios trabajos del joven escritor aragonés. Entre ellos descuella una interesante y detallada historia de la Fotografía, á la que siguen otros artículos científicos y literarios que demuestran felices disposiciones en su autor para el cultivo de la ciencia y de las bellas letras.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN